BOLSILIBROS BRUGUERA

la conquista del ESPACIO

SATAN EN EL ESPACIO

Marcus Sidereo

CIENCIA FICCION





SATAN EN EL ESPACIO

Marcus Sidereo

CIENCIA FICCION



LA CONQUISTA DEL ESPACIO

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

365 — La piedra de la eternidad, *Glenn Parrish*

366 — Peligro de invasión, *Alf Regaldie*

367 — Operación Morituri, *Adam Surray*

368 — El enigma de Hurx, *Kelltom McIntire*

369 — Cita en el futuro, A. Thorkent

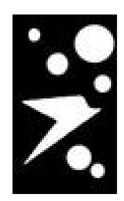
MARCUS
SIDEREO

SATAN EN EL ESPACIO

Colección

LA CONQUISTA DEL ESPACIO n.° 370

Publicación semanal



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS – MEXICO

ISBN 84-02-02525-0

Depósito legal: B. 26.203 - 1977

Impreso en España - Printed in Spain

l.ª edición: setiembre, 1977

Concedidos derechos exclusivos a favor

de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**

Mora la Nueva, 2. Barcelona (España)

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S. A.**

Parets del Vallés (N-152, Km 21,650) Barcelona - 1977

CAPITULO PRIMERO

—¡Lo siento, Nora! —exclamó el profesor Lutgard—. Esta vez tengo que ir solo.

—Pero, Lut. Apenas te vemos en todo el tiempo. Los días de fiesta nos gusta estar contigo. Ya sabes la ilusión que le hace a Resti viajar contigo...

—Y a ti también te hace ilusión, Nora. Y a mí. Y me gusta estar con vosotros, pero esta vez no va a ser un viaje de placer —replicó Lutgard, en tono conciliador.

Su voz era suave, persuasiva y reposada. Medía bien las palabras antes de pronunciarlas. Era un hombre de grandes méritos, estimado por todos sus colegas. Un auténtico genio, pese a su juventud. Un genio en materias espaciales, en enfermedades parasitarias, en descubrimientos gracias a los cuales la humanidad estaba sobreviviendo en el planeta.

Los Lutgard formaban una familia perfectamente avenida. Nora, la joven pareja del profesor, y su hijito de corta edad, aunque ya apuntaba una notable inteligencia, que se adivinaba en sus preguntas, en la forma de resolver los problemas que los profesores imponían, a través de las pantallas de cada hogar.

Sí, el jovencísimo Resti era, en potencia, un digno continuador de la tarea de su padre.

Pero esta vez, y aun lamentándolo vivamente, Lut tenía algo importante que hacer, pese a ser su día de descanso.

—¿Por qué no podemos ir todos contigo, papá? —inquirió el chiquillo, que había oído las últimas palabras del profesor.

—Porque donde voy no hay nada digno de ver. Roca caliza; un paisaje lunar, como lo llamarían los antiguos. Os aburriríais de veras, y yo tampoco podría estar por vosotros.

—¿Quieres dejarnos un momento, Resti? —murmuró Nora, con un presentimiento.

—¿No puedo escuchar lo que decís? —inquirió el chico—. Debe ser muy grave...

—Por favor, Resti —insistió su joven y bella madre—. Tengo que hablar con papá de cosas que no te atañen a ti.

Resti desapareció del gran salón para encerrarse en su cuarto de estudio, mientras Nora se encaraba con su marido.

—Vas a ese lugar, ¿verdad? —inquirió, con el temor reflejado en su rostro.

—Voy al satélite Kingley —repuso él suavemente.

—Ese lugar horrible, donde últimamente han ocurrido todas esas desgracias.

—Sí, querida. Tengo que ir personalmente a hacer una comprobación. Nada prueba lo que está ocurriendo.

—Dos de tus mejores amigos murieron en ese horrible sitio, y otros acabaron también destrozados, mutilados...

—¿Cómo te has enterado de todo esto?

—Se comenta, aunque se quiera mantener en secreto. Esos hombres tenían mujeres y niños, como nosotros. Aunque se haya prohibido hablar del asunto, alguien ha hablado. Es casi del dominio público.

—Olvida todo esto. ¿Quieres?

—No, Lut. No puedo dejar de pensar en esto, y en el peligro que tú vas a correr.

—Tenemos una estación espacial en Kingley. Hay gente. No estaré solo. Es sólo una visita de inspección —sonrió él, tratando de tranquilizar a la muchacha.

—No vayas...

—Tengo que hacerlo.

—Nadie te obliga, Lut.

—Ya lo sé. Pero, en cierto modo, soy responsable del funcionamiento de esa estación. Es uno de los satélites que absorben el oxígeno de nuestra planta central. El planeta no puede permitirse el lujo de perder una fuente energética de tal envergadura.

—Otros pueden ir en tu lugar. Tú no eres un guardián del espacio, eres... eres sólo un científico, un investigador. Y me enorgullece

pensar que eres de los mejores. El mejor de todos...

Lutgard sonrió y acarició suavemente a su compañera.

—No me sobreestimes, querida.

—No vayas. Tengo miedo.

—No va a ocurrir nada. Además, esos chicos de allá arriba necesitan ánimos. Están un poco... cansados. ¿Comprendes?

—Están asustados, aterrorizados. Eso es lo que están.

—Yo les voy a inyectar un poco de moral, y, de paso, echaré un vistazo. Me interesa.

—Si no hubiera peligro, Lut, si creyeras que allí no ocurre nada anormal, nos llevarías contigo.

El se limitó a sonreír ambiguamente.

—Os llevaré la próxima vez. A un lugar más animado. A Dermolt, por ejemplo. Allí ha crecido, incluso, vegetación. Es un auténtico parque. Sí. La próxima fiesta iremos todos allí.

Lutgard estaba ya dispuesto a emprender el viaje. Tenía ya preparado su equipo. Un bólido le llevaría a la base cercana, donde su móvil-espacial le conduciría al misterioso Kingley.

Nora no pudo reprimir un estremecimiento y se abrazó a su marido con todas sus fuerzas. El la correspondió de igual manera, como si aquello fuera una despedida definitiva.

Luego trató de animarla:

—Cuando los planetas se iluminen, estaré de vuelta. Será un viaje rápido. Adiós, querida.

—¿No te despides de Resti?

—Estará jugando o resolviendo los problemas cómicos de los días de fiesta. Además, no estaré ausente tanto tiempo... —Y con la mano echó un beso a su mujer, que no pudo evitar un segundo escalofrío de pánico.

CAPITULO II

Kingley era, realmente, un lugar torturado.

La vegetación que algún día había existido, desapareció por completo; si algo quedaba, eran árboles retorcidos, resecados por el paso de los siglos.

Arbustos desnudos y roca caliza. Basalto. Un lugar donde no parecía posible que existiera el menor asomo de vida.

Lutgard, que había anunciado su llegada mientras volaba con su móvil espacial, era esperado con verdadera ansia por los cuatro únicos hombres que cuidaban de la base, y manejaban los complicados aparatos proyectores de oxígeno.

Un sistema de absorción transmitía el necesario medio de vida a la central general que, a su vez, generaba el oxígeno que el planeta necesitaba.

Así, mediante una pequeña red de satélites, viejos mundos vírgenes, nutrían al planeta del consumo energético que necesitaba para sobrevivir. El oxígeno, sobre todo.

—¡Oh, bien venido al infierno, profesor Lutgard! —saludó el joven Thoren—. Ya era hora de que alguien de su clase nos recordara.

—Todos os recordamos allá abajo, amigos, y os aseguro que pronto tendréis el relevo.

—¡Palabra divina! —exclamó Remy, otro de los jóvenes cuidadores de la base.

El profesor Ordax, jefe del grupo, veterano investigador en todas las lides, aprovechó a su vez para llevarse a Lutgard aparte y murmurar:

—Los chicos están nerviosos, pero yo no quiero el relevo.

—Creía que deseabas volver al planeta.

—Antes sí. Pero ahora algo ha cambiado.

—¿Te refieres a...?

—No me asusta la muerte, Lut. Todos tenemos que desaparecer

algún día, pese a que los esfuerzos de nuestros colegas prolongan nuestras existencias hasta el límite de lo que en tiempos pasados se hubiese considerado como un milagro… La muerte total existe, y la acepto.

Tras un silencio, Lutgard creyó entender a su amigo. Aquellas palabras ocultaban un deseo que le llevaba hasta el sacrificio, si era necesario.

—¿Has descubierto algo? —inquirió Lutgard.

—No. Pero sé que voy a descubrirlo. Igual que lo descubrieron los otros. Bruin, Jeike… Eran amigos tuyos, como lo eran míos, los otros tres qué fueron brutalmente descuartizados para arrancarles el corazón… Una escena espantosa, Lut. Pero ellos habían descubierto «la verdad».

—¿Qué verdad, Ordax?

No hubo respuesta. Tal vez porque Ordax aún la desconocía, o quizá porque lo que presumía fuera demasiado fantástico, tanto que rayaba en lo irreal.

—¿Puedo ayudarte? —preguntó Lutgard.

—Tú tienes trabajo en el planeta. No te quieren aquí.

—Mi misión es investigar.

—Puedes echar un vistazo. Vamos tú y yo con el bólido. Por aquí hay que volar algo elevados de la superficie; no hay una pulgada que tenga la misma rasante en todo el territorio.

Lutgard echó una ojeada a todo el entorno.

Aparte de la base, construida con piezas metálicas de gran resistencia, y a prueba de posibles lluvias cósmicas, todo lo demás ofrecía un aspecto deprimente.

«El infierno», había dicho el joven Thoren. Y quizá no se había equivocado.

—Aquí anochecerá en seguida. No hay transición.

—Lo sé —dijo Lutgard.

—Los potentes reflectores de la base indican su lugar; de lo contrario, uno podría perderse… como Brain y Jeike y los demás…

—¿Se perdieron?

—No es posible saberlo, Lut.

—Pero ¿qué pasó realmente? ¿Dónde los encontrasteis?

—Ahora lo verás. —Y Ordax anunció a los demás que iba a dar una vuelta de inspección con el profesor Lutgard.

—Va a hacerse de noche en un instante —adujo Thoren—. Podría ser peligroso.

Los otros dos compañeros mostraron su desacuerdo ante aquella incursión nocturna.

—Esperen a que amanezca. Es más seguro —dijo otro.

—Lo siento. Prometí a mi familia regresar hoy mismo. En el planeta aún falta algún tiempo para que oscurezca. Tengo que aprovechar mi estancia aquí.

Y Lutgard, observando a los tres hombres, vio reflejado en cada rostro el signo del pánico.

Ordax tenía ya su bólido superficial dispuesto. Bastaba ponerlo en funcionamiento y elevarlo muy ligeramente para no tener que rastrear aquel desigual terreno.

—¡Hasta muy pronto, chicos! Esto es muy pequeño, y el bólido corre mucho —sonrió Lutgard, como para darles ánimos.

Pero Thoren recomendó:

—No pierdan el contacto con la base.

—Quedaros tranquilos, chicos —dijo Ordax—. No vamos a salir del bólido.

Cuando Ordax y Lutgard iban a subir, Remy advirtió, con voz fuerte:

—No trate de entrar en el cráter, Ordax. No lo intente.

Ordax no contestó.

Poco después, él y Lutgard, a bordo del bólido, y ligeramente elevados, comenzaron el viaje de inspección a través de aquel torturado panorama.

CAPITULO III

—Ordax..., ¿qué ha querido decir Remv con lo del cráter?

—Hay un cráter en el mismo centro geométrico. Jeike lo descubrió y quiso explorarlo.

—¿Y fue allí donde...?

—No. Ya lo verás.

El vuelo rasante continuó durante unos momentos, sin que los dos ocupantes del vehículo, de forma de torpedo terminado en su parte delantera con una larga y puntiaguda púa, cambiaran nuevos comentarios.

De repente, se hizo la noche. Sin transición, como si el invisible sol hubiera caído en una sima sin fin, oscureciendo totalmente el panorama.

Los potentes focos del bólido, con su gran alcance, suplieron a la perfección la luz natural.

El panorama seguía siendo el mismo.

Ordax señaló una zona.

—Eso debió ser, hace siglos, una zona exuberante. Hoy no es más que un bosque, casi petrificado. Más allá está la colina de los olivos calcinados. Aquí, en apariencia, no hay nada. La vida debió terminar hace siglos. Es posible que a consecuencia de un cataclismo.

—Sin embargo, en el subsuelo existe agua —apuntó Lutgard.

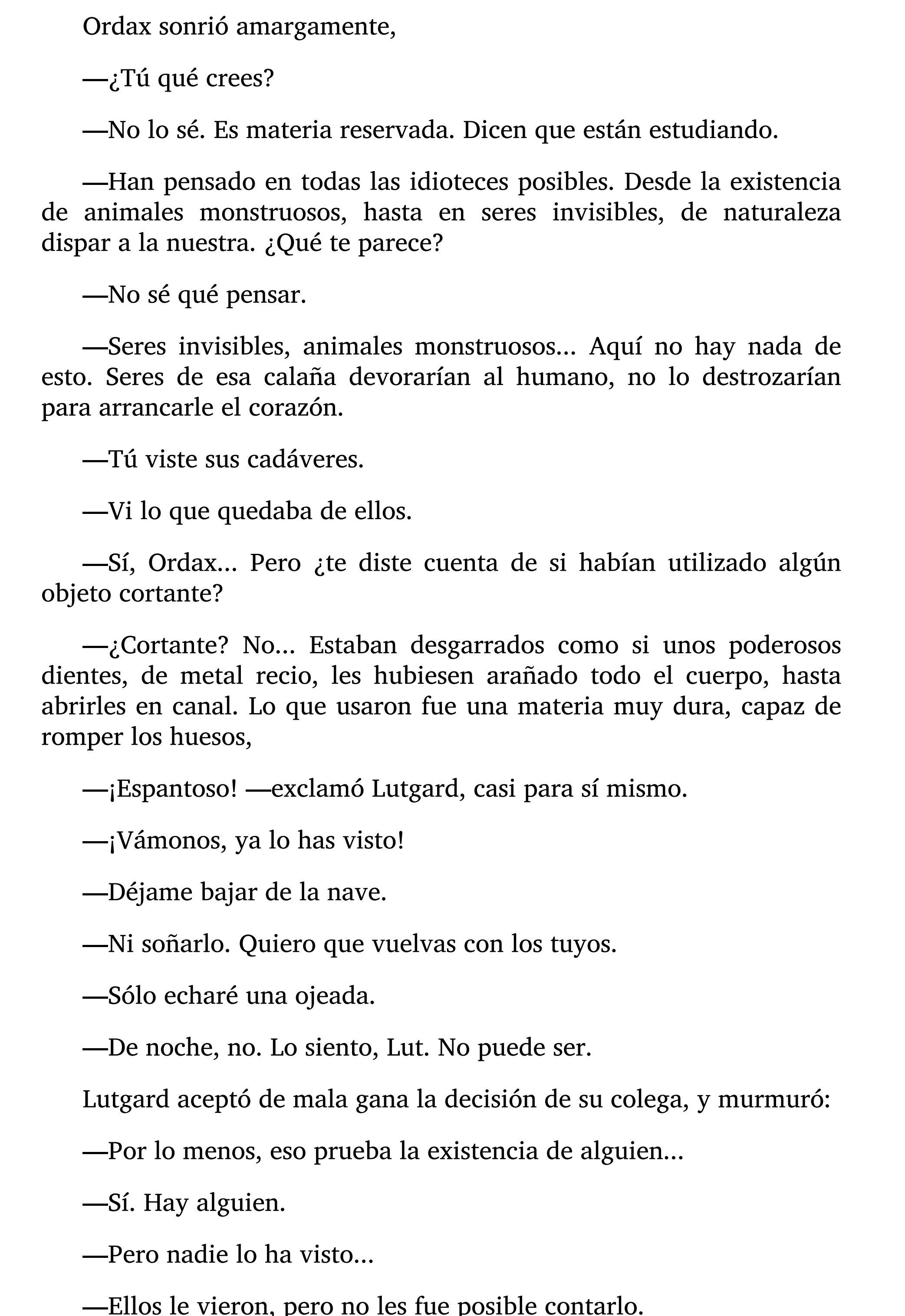
—Pero sin la bomba extractora no afloraría jamás a la superficie... ¡Ya hemos llegado!

Detuvo el bólido en el lugar que, dentro del accidentado terreno, resultaba más llano.

—¿Aquí...? —inquirió Lutgard, sin concluir la frase.

—Todos los cuerpos fueron encontrados en el mismo sitio. Todavía quedan manchas de sangre.

—¿Qué dijeron los investigadores?



Ordax sonrió amargamente,

—¿Tú qué crees?

—No lo sé. Es materia reservada. Dicen que están estudiando.

—Han pensado en todas las idioteces posibles. Desde la existencia de animales monstruosos, hasta en seres invisibles, de naturaleza dispar a la nuestra. ¿Qué te parece?

—No sé qué pensar.

—Seres invisibles, animales monstruosos… Aquí no hay nada de esto. Seres de esa calaña devorarían al humano, no lo destrozarían para arrancarle el corazón.

—Tú viste sus cadáveres.

—Vi lo que quedaba de ellos.

—Sí, Ordax… Pero ¿te diste cuenta de si habían utilizado algún objeto cortante?

—¿Cortante? No… Estaban desgarrados como si unos poderosos dientes, de metal recio, les hubiesen arañado todo el cuerpo, hasta abrirles en canal. Lo que usaron fue una materia muy dura, capaz de romper los huesos,

—¡Espantoso! —exclamó Lutgard, casi para sí mismo.

—¡Vámonos, ya lo has visto!

—Déjame bajar de la nave.

—Ni soñarlo. Quiero que vuelvas con los tuyos.

—Sólo echaré una ojeada.

—De noche, no. Lo siento, Lut. No puede ser.

Lutgard aceptó de mala gana la decisión de su colega, y murmuró:

—Por lo menos, eso prueba la existencia de alguien…

—Sí. Hay alguien.

—Pero nadie lo ha visto…

—Ellos le vieron, pero no les fue posible contarlo.

—¿Y ese cráter? ¿Qué hay de ese cráter? Dijiste que Jeike había

entrado. Y salió con vida. ¿No es así?

—Sí. Así es —repuso Ordax—. Pero en el cráter no hay nada. Lo mismo que ves aquí. Terreno roturado, pero bajo la superficie. Yo también entré, pero durante el día.

—¿Siempre atacan por la noche? —preguntó Lutgard.

—Supongo que sí.

Después, acelerando la marcha del bólido, llegaron a lo que era prácticamente el centro del extraño habitáculo.

—El cráter —anunció Ordax.

Lutgard observó el único agujero situado en uno de los lados de la depresión.

Era un auténtico cráter, que Dios sabe los siglos que hacía que había entrado en erupción, posiblemente dejando el pequeño planeta en el estado en que se encontraba cuando decidieron utilizarlo como base.

—Supongo que tampoco me permitirás que me ausente del bólido —dijo Lutgard.

—Por supuesto.

—Sólo un momento, Ordax. Acércate más y enfoca el reflector hacia la entrada. En mi equipo, dispongo de una batería tipo Super.

—No. Aquí estás bajo mi protección.

—Voy a bajar, de todos modos. —Y con la mano, sujetó el brazo de su colega, impidiendo que éste despegara de nuevo.

—¿Qué intentas? —gritó Ordax.

Pero Lutgard ya había abierto la puerta del bólido. Acto seguido, saltó sobre el duro suelo, apto sólo para andar con un calzado especial, que era el que usaba él.

—¡Vuelve! —gritó otra vez Ordax, mientras Lutgard ponía en funcionamiento su potente batería.

De pronto, la escasa brisa quedó paralizada, como si una fuerza invisible hubiera detenido incluso el paso del tiempo. La extraña calma se hizo agobiante.

Ordax sacó un par de armas de doble cañón. Armas fulminantes, portadoras de células letales.

En aquel instante, una voz ronca atronó el espacio:

—Estáis pisando mis dominios…

La voz parecía deletrear las palabras, con estudiada lentitud. Hablaba claramente el mismo idioma que ellos.

Y lanzó un suspiro, que resonó igualmente por todo el ámbito.

Las rocas revolvían el eco de las palabras del invisible personaje, y el suspiro rebotó en las piedras para hacerse más denso.

Se oía incluso el respirar, un respirar como fatigoso o cansado.

—Todo el universo me pertenece. *Todo el universo*… —repitió.

Y después:

—Nuestra raza sobrevivirá. La nueva época está próxima. —Siempre en el mismo tono.

Y aquella voz lo mismo podía proceder de la bóveda subterránea que del espacio infinito.

—*La nueva época está próxima* —repitió, con el mismo énfasis.

CAPITULO IV

—Parece como una pesadilla —murmuró Lutgard, de regreso, ya dentro del bólido.

—No hables de eso con los chicos —advirtió su colega, observando el terreno a través de la gran cristalera del vehículo.

—¿Lo habías oído tú antes? ¿Habías escuchado esa voz? —inquirió el visitante.

—Sí, Lut. Por eso no quiero regresar.

—Tienes una idea... ¿Alguna sospecha?

—Ya te dije que no. Todo es demasiado... fantástico, por llamarlo de algún modo.

—Hubiera querido preguntarle algo —repuso Lut—, pero no sé. Me quedé como atontado. No me explico lo que ha sucedido. Sin duda, fue la sorpresa.

—A mí me ocurrió lo mismo la primera vez.

—Me hubiera gustado hacerle alguna pregunta... Desde dónde habla, quién es. Qué se propone. Qué se yo...

—Lo que se propone, parece claro. Nuestro exterminio. Sólo ha hecho que empezar.

—Pero sólo en Kingley. En los demás sitios no ha ocurrido nada parecido.

—Kingley es el principio. Digamos que es la sede del personaje... o lo que sea.

—Volvamos allí.

—No tientes la suerte otra vez.

—Está bien, pero volveré otro día. Pediré un permiso especial y órdenes para proceder según mi criterio.

—Me gustaría trabajar contigo en este asunto, Lut, pero tú eres demasiado joven. El riesgo es grande.

—No me asusta el riesgo.

—Tú tienes una familia. Yo vivo solo.

—Tú también eres demasiado valioso para arriesgarte.

—Con ese personaje existen pocas posibilidades de subsistir…

—¿Por qué dices eso?

—Antes dijiste que querías hacerle preguntas. Pues bien. Yo te daré la única respuesta que escuché de sus propios labios, cuando le pregunté quién era.

—¿Y qué te contestó?

—Un nombre. Tan sólo un nombre. —Y tras una pausa, añadió—: Satán.

¡Satán!

* * *

—Contacto con la base. Regresamos —anunció Ordax desde el bólido.

Esperaba la respuesta de Thoren, pero ésta no llegó.

—Es extraño. Están pendientes de nosotros.

—Repito la señal. Nos acercamos a la base. Viaje sin novedad. Contesta, Thoren… ¿Quién está a la escucha? ¿Eres tú, Quinie?

Un jadeo extraño llegó desde el otro lado de la conexión.

Ordax cambió una mirada con su acompañante. Evidentemente, aquello no era normal.

—¿Han atacado alguna vez en la base? —preguntó Lutgard, mientras una y otra vez Ordax le daba al pulsador, sin obtener más respuesta que aquel jadeo.

—La base es hermética. A menos que se abra la puerta de forma expresa.

Y una vez más insistió.

Por fin, muy lejana, llegó una voz:

—Soy… soy Remy, pro…fesor.

—¡Qué pasa, Remy! Nos estamos aproximando. Puedo ver las luces

de los reflectores...

—Los reflectores —repitió Remy, como un autómata.

—¡Remy! ¡Habla de una vez! ¿Qué es lo que está ocurriendo?

Una larga e impaciente pausa. Lutgard tomó uno de los micros y habló a través del mismo:

—Remy. Soy Lutgard. ¿Habéis sido atacados? Contesta, Remy. Contesta. ¿Dónde están los demás?

—Muertos... muertos —contestó como si también él estuviese a punto de expirar.

¿Qué es lo que estaba sucediendo? ¿Quién había entrado en la base?

Lutgard pensó en aquel nombre: Satán.

Era algo fantástico. Increíble. Sin embargo... en la base tenía que haber ocurrido algo terrible.

Entonces la voz de Remy habló por última vez, sin apenas aliento:

—Los Pig... Pig...

Y ya no pudo concluir la frase, que quedó cortada por un grito horripilante. Algo capaz de poner los pelos de punta. Y Lutgard no pudo evitar que un cosquilleo recorriera toda su columna vertebral.

El grito casi salvaje se repitió para irse extinguiendo lentamente.

Después, el silencio.

—¡Remy! ¡Remy! —insistieron Lutgard y Ordax a la vez.

No hubo respuesta. No la habría jamás.

* * *

Salieron corriendo del bólido para comprobar que las puertas de la base estaban herméticamente cerradas.

Ordax llevaba en su diestra el control a distancia, para descorrer una de aquellas planchas a prueba de rayos.

Por unos instantes, pareció vacilar. Quisiera o no, el pánico también había hecho mella en él.

—¡Vamos, Ordax! Abre esa puerta —exclamó Lutgard.

Y Ordax lo hizo, armándose de valor, preparado para lo que fuera.

—¡Cuidado! —previno.

Empuñó un arma en cada mano. Antes sacó una pistola paralizadora, que entregó a su compañero.

—Toma, Lut. Yo iré delante.

Accionó el mando, y un panel metálico se descorrió, dejando la abertura de la puerta.

Dentro, reinaba el silencio más absoluto. Las baterías funcionaban perfectamente. La luz era diáfana; sin embargo, no había ninguna señal de vida.

Con un ademán, Ordax indicó a Lut que echara una ojeada al departamento contiguo a la sala de mandos.

Lutgard asintió para salir inmediatamente y hacer un gesto negativo.

—Nadie.

Tampoco en la sala de control general había persona alguna.

Sólo faltaban tres lugares. El dormitorio, los servicios y la pequeña estancia de las cajas de control.

La puerta del dormitorio permanecía entreabierta. Era un panel corredero, que raras veces se cerraba.

Ordax asomó.

—¿Quién anda por ahí?

No hubo respuesta porque no había absolutamente nadie.

Tampoco en el servicio.

—¡Esa puerta! —indicó Lutgard.

Era la pequeña estancia de las cajas de control de los mandos, un pequeño mundo de conexiones, conectadas a los aparatos generales de la estación.

Se abría por control remoto. Ordax pulsó el botón correspondiente, dejando al descubierto el lugar, igualmente vacío.

—¡Es imposible! Nadie puede abrir y cerrar la entrada sin el control —exclamó Ordax.

—Sin embargo, alguien ha estado aquí. Remy fue el último en hablar con nosotros. Recuerdo sus últimas palabras. Los Pig… Los Pig. Pero no era un nombre completo… ¿Qué puede significar?

—No lo sé. De veras que no lo sé.

Lutgard adoptó una decisión:

—Vámonos de aquí, Ordax. Vámonos. Hay que hacer una expedición en toda regla.

—No serviría de nada…

—No puedes quedarte solo. Yo tengo que volver. Vendrás conmigo.

—No. La estación debe continuar…

—Tienes que venir conmigo. Te llevaré, aunque sea a rastras.

—¡Aquí mando yo, Lut! No lo olvides —Ordax estaba furioso, fuera de sí.

—Vendrás —afirmó rotundamente Lut y, sin miramientos, le golpeó con la mano diestra cerrada. El puñetazo alcanzó el mentón de Ordax, que cayó sin sentido.

Lutgard cargó con él. Haciéndose cargo del control remoto, cerró la puerta tras sí.

Sin embargo, antes de trasponer el umbral, se fijó en algo pegajoso, que casi sin querer había pisado.

Dejó un momento al inconsciente Ordax en el suelo y, en cuclillas, pasó la mano por la rojiza viscosidad.

Era sangre.

Sangre humana.

CAPITULO V

—No debiste hacerlo, Lut. No debiste —comentó Ordax, ya en la nave móvil espacial de Lutgard.

—Lo siento. No era mi intención hacerte daño, pero tenía que atizarte fuerte. Eres muy terco.

—He estado más cerca que nunca de averiguar la verdad.

—¿Qué verdad, Ordax? Esto no es de tu incumbencia. Kingley debe ser registrado, pulgada a pulgada. Haré un informe para que así se lleve a efecto. Esto le corresponde a la guardia. Que utilicen cien naves, si es preciso.

—No servirá de nada. Luchamos contra algo demasiado poderoso. Tanto, que ni siquiera sabemos lo que es.

—Pero tú presentías algo...

—Tenía mis motivos. Ya te lo expliqué, Lut. Tú mismo oíste la voz.

—Precisamente por eso... Hay que indagar lo que se esconde en ese satélite. Y ello incumbe a la guardia.

—Es que... existe algo más —farfulló Ordax, sin decidirse a hablar más claramente.

—Bien. Habla —replicó Lut, fijando su atención en una estrella fugaz.

Tras un silencio, Ordax repuso:

—Ellos no lo entenderían.

—¿Por qué no hablas más claro? —Y entretanto, Lut varió la posición de la nave, dirigiéndola hacia el planeta madre.

Otro largo silencio, que Lut respetó hasta que su compañero decidió hablar:

—Son las notas del profesor Soylan.

—¿Soylan?

—Murió hace años.

—Lo sé. Era un gran tipo. Uno de los mejores investigadores.

—'Fue el que propuso ocupar Kingley.

—¡Soylan Kingley! —exclamó Lut, recordando.

—Sí. Dio parte de su nombre al habitáculo.

—¿Y qué tiene que ver Soylan? Tú eras un niño por aquel entonces, y yo todavía no había nacido.

—Soylan Kingley dejó unas notas… Se referían a determinados hechos. No eran escritos muy concretos… Se hablaba de supuestos… Es difícil que lo entiendan, Lut. Se necesitan años de estudio para comprender lo que dejó Soylan.

—¿Tienes tú estas notas?

Ordax negó con la cabeza.

Lut, con el automático en marcha, se volvió hacia él, en busca de una respuesta más concreta.

Ordax murmuró:

—Desaparecieron.

—¿Cómo?

—Las tenía guardadas en mi mesa. De repente, un día dejé de verlas. Alguien se las llevó. Y puedo asegurar, jurar incluso, que nadie del equipo se hizo con ellas.

—¿Y quién se las llevó?

Un silencio.

Luego Ordax murmuró:

—¡Satán!

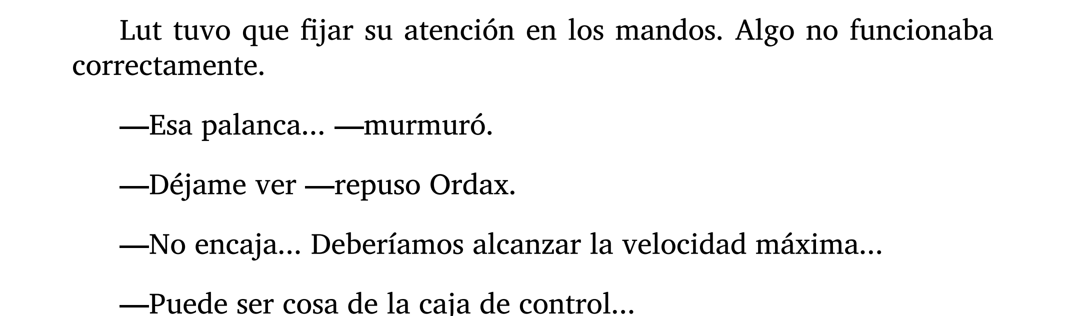
Lut lanzó un bufido:

—¡Satán, Satán! Esto no es posible.

—¿No crees en Satán?

—¡Satán, dueño del espacio! ¡Es ridículo, Ordax!

—Tú oíste su voz…



Lut tuvo que fijar su atención en los mandos. Algo no funcionaba correctamente.

—Esa palanca… —murmuró.

—Déjame ver —repuso Ordax.

—No encaja… Deberíamos alcanzar la velocidad máxima…

—Puede ser cosa de la caja de control…

—Funcionaba perfectamente. Ahora toma una inclinación extraña… Estamos dando la vuelta.

Ordax estaba ya manipulando en la caja de mandos.

—Esto está correcto. Ni la menor señal de avería.

El piloto Lut rectificó la posición, y accionó una segunda palanca de seguridad.

—No lo entiendo —murmuró, al ver que la nave describía un semicírculo.

—Es como si una fuerza nos empujara al lugar de origen —musitó Ordax.

—Ninguna fuerza puede empujarnos. Conseguiré dominar la nave. Lanza todo el gas de las toberas. Le propulsaremos más fuerza.

—No creo que lo consigas.

—No eres muy optimista, Ordax…

—Es una fuerza imposible de resistir…

—¡No vuelvas a hablarme de Satán! Conozco perfectamente la nave. Sé cómo puedo dominaría. ¡Las toberas! ¡Rápido!

Ordax obedeció, a pesar suyo.

La nave, propulsada por el gas condensado, emanante de la pila magnética, cobró una mayor propulsión. Y de nuevo Lut accionó la palanca, corrigiendo la dirección.

Con notable esfuerzo, consiguió que nuevamente el bólido espacial recobrara su posición para seguir la ruta prevista.

—El gas se agota —previno Ordax.

—Suéltalo todo. Necesitamos empuje —ordenó Lut.

Ordax obedeció, y por fin la nave tomó el rumbo deseado.

Ya sin soltar los mandos, Lut aceleró en su camino hacia el planeta.

Los momentos de incertidumbre habían pasado y todo seguía su curso normal, hasta que...

—Las toberas están vacías, Lut —advirtió Ordax, con un sobresalto.

—Ordéñalas, si es preciso. Suelta todo el gas. Es necesario.

El planeta estaba cercano, muy cercano, y podía oírse la voz de los controladores.

—Siga la ruta, 0022, Entrará en órbita dentro de treinta segundos.

Lut apretaba a fondo, y la voz de uno de los controladores inquirió:

—¿Tiene dificultades?

—Algunas. Pero espero vencerlas.

Veinte segundos tan sólo le separaban de la órbita del planeta madre.

La nave parecía resistirse a seguir la ruta, mientras Ordax luchaba con el oxígeno transmutado.

Quince segundos.

Una fracción irrisoria de tiempo y, sin embargo, la nave parecía resistirse a continuar.

—¿Tiene algo que contar, Lut? —le preguntaron desde la base del planeta.

—Tres hombres muertos. Ordax y yo regresamos. El satélite ha sido abandonado, por peligroso. Hace falta una investigación a fondo. Les informaré personalmente.

—Dentro de diez segundos, estará bajo nuestro control.

Pero esos diez segundos que preconizaban los de la base, se estaban eternizando.

—¡No consigue entrar! ¿Qué le pasa, 0022? —preguntaron desde la base.

—La pila está fallando.

—Utilice las toberas.

—Se han gastado...

Cinco segundos.

Y desde abajo le daban ánimos:

—Un esfuerzo más. 0022.

Inútil.

La nave parecía haber quedado suspendida en el espacio.

—¡Suelta todos los frenos, Ordax! —indicó Lut—. Entraremos como sea.

—Ya lo estoy haciendo —replicó su compañero.

La nave volvía a virar.

—Es la fuerza oculta. ¡Nos empuja hacia Kingley! —exclamó Ordax.

Lut se dio perfecta cuenta de que se alejaba de la órbita, y exclamó a través de la central:

—Manden un nutrido grupo de marfias exploradores. El mayor número posible...

—Casi no se le oye, 0022. Se aparta de nuestra órbita —fue la respuesta.

—Hay peligro en Kingley. Se necesita una investigación a fondo...

—De acuerdo, 0022. ¿Qué hay de su nave?

—He perdido el control. Una fuerza imprevisible la hace virar.

—¡Suelte los frenos! Caiga en vertical. Le conduciremos desde la base.

—Ya lo he hecho. Es imposible...

Eran ya sesenta los segundos para entrar en órbita. La nave regresaba a su punto de partida de manera inexorable.

Ordax dejó de manipular, y murmuró convencido:

—Es obra de Satán, Lut. ¿Todavía lo dudas? ¡Es él quien nos hace volver!

CAPITULO VI

La nave 0022, pilotada por Lut, había entrado nuevamente en la órbita de Kingley.

Ordax parecía convencido de aquella inexplicable realidad.

—Era nuestro sino.

De buena gana Lut hubiera exclamado: «Narices», pero se contuvo y manipuló los mandos, que esta vez respondieron, a la perfección.

Poco después, los dos hombres llegaban a la base que antes habían abandonado.

La luz se había hecho nuevamente en el planeta. Todo respiraba una calma absoluta.

Los muertos reposaban bajo el llamado lago de arena. Los tres desaparecidos últimamente no habían dejado más rastro que aquellas manchas de sangre que Lut encontró antes de abandonar la base espacial.

Ordax fue el primero en descender de la nave y aspirar una bocanada de aire incontaminado.

—Esto es formidable... Se respira bien aquí.

—¿Tú crees? —inquirió, escéptico, Lut.

—A pesar de todo, mi buen amigo. Este es un lugar con porvenir. Eso quiere decir que existe vida... Además, el sitio tiene un extraordinario poder de atracción...

—Según tú, se debe a Satán —bromeó, de mal talante, Lut—. Pero hablemos de esas notas del profesor Soylan.

—¿Y que quieres que le diga?

—Tú las leíste, Ordax.

—Sí, pero eran simples apuntes, tímidas deducciones. Nada en concreto.

—No eran tan poco. De lo contrario, no estarías tan obsesionado en seguir su labor en solitario.

—Bueno. Soylan hablaba del poder de atracción De fuerzas ocultas. De la posible existencia de una raza superior... Pero todo era en teoría, deducciones sin pruebas. —Hizo una pausa. Se pasó la lengua por los labios, y prosiguió—: Nuestra misión aquí es suministrar informes y mandar oxígeno al planeta... No pude dedicarme demasiado a los estudios de Soylan. Por eso preferiría quedarme.

—Si existe algún peligro, vetarán Kingley y nadie podrá vivir aquí.

—¡Yo podré! —protestó Ordax—. Aquí hay vida...

—¿No cuentas los muertos?

—Ya te dije, querido Lut, que a mí no me asusta la muerte... Quiero investigar.

—Vamos a hacer una llamada al planeta. Necesitamos que una escuadra de guardas e investigadores venga hacia aquí. Seguramente, vendrá el jefe Gorly. Explícale a él todo eso de las notas del profesor Soylan.

—Se reirán de nosotros. En el planeta son todos muy materialistas. Ya lo sabes.

—Tú no ocultes nada. La investigación se hará en pleno día y si es necesario esperar a la noche, se utilizarán las pilas más potentes de que se disponen. Esto tiene que aclararse. Han muerto demasiadas personas, sin una explicación verdaderamente razonable.

—Tengo que repetirte, una vez más, Lut, que existen razones ocultas, lejos de nuestro alcance...

Y entraron en la tranquila y fría base.

Todo estaba como si nada hubiera sucedido.

* * *

—Roca, suelo basáltico, una gruta en un cráter... No hay indicio alguno de vida —murmuró el jefe Gorly que, como supuso Lut, iba al frente de la expedición.

Cincuenta hombres habían explorado el terreno, con la colaboración de veinte vehículos espaciales. Era un ejército que, además, iba bien pertrechado, con todas las armas lanzarrayos y células, con los que se abrían paso por los más recónditos rincones.

La búsqueda de lo «sobrenatural» se prolongó hasta el anochecer.

Aquella vez, la voz de Satán dejó de oírse. No predijo nada. No habló.

—De esta forma, no hay quien les convenza de la realidad —comentó Ordax a Lut en el interior de la base, en el momento en que Gorly hacía su aparición.

—Bien, Ordax... Tal vez lo que Soylan vio fueron restos de animales nocivos... Ellos pueden haber causado la muerte de sus subordinados. Muertes que, naturalmente, lamentamos todos. En cuanto a la posibilidad de personajes fabulosos, queda fuera de lugar. Está claro que el habitáculo está desierto, y es una base importante para nuestro oxígeno. De todas formas, si desea ser relevado, tengo autorización para hacerle regresar.

—Yo no he pedido el traslado, Gorly. ¡Ni siquiera esta investigación! Ya advertí a Lut que no encontrarían nada...

Lut intervino:

—¿Qué opina de esas tres desapariciones?

—Bien. No se descarta la posibilidad de la presencia de animales malignos... Pero ¿dónde se ocultan? No hay huellas en ninguna parte. Por otro lado, según ustedes, esos tres hombres desaparecieron con la puerta cerrada. ¿Hay alguna otra salida en la base, profesor Ordax?

—Sólo para emergencias, pero nunca se abre. Y por allí no salieron. Lut y yo lo examinamos bien.

—Tengo que repetirte, una vez más, Lut, que existen razones ocultas, lejos de nuestro alcance... Y entraron en la tranquila y fría base. Todo estaba como si nada hubiera sucedido.

—Pero había sangre —insistió Lut.

—Sí. Ya he visto las manchas. No muchas... Pero ¿eso qué prueba? Si las puertas estaban cerradas...

—¿Y no es extraño eso, Gorly? —insistió Lut.

—Bueno, admitamos que no es normal, pero también pudo ocurrir que los hombres salieran, cerraran y luego fueran devorados...

—Yo hablé con uno de ellos... No pudo terminar lo que estaba diciendo —intervino Lut nuevamente— Su voz era... ¿Cómo le diría

yo? Como si estuviera presa por el pánico...

—Bien. Ese hombre pudo salir y cerrar. ¿No es cierto?

Lut tuvo que admitir esa posibilidad, aunque no creyera en ella.

—Ya veo que no está muy convencido... —sonrió Gorly—. Bueno... Yo sólo puedo prevenirles de que estén alerta y con las armas a punto. Si aparece algún animal dañino, fulmínenlo... Claro que sería de gran valor mantenerlo vivo. Si lograran paralizarle y enviarlo al planeta...

—Ellos tenían armas, Gorly —insistió Lut, ante el silencio de Ordax—. Bien podían usarlas.

—Quizá les cogieran desprevenidos. En fin... Nos quedaremos aquí otro par de jornadas, con sus noches, Con cincuenta hombres, podrán dormir tranquilos. Por cierto, Lut, usted regresará con nosotros. Allá abajo le necesitan.

—Por supuesto. Pero, de ninguna manera, Ordax puede quedarse solo aquí.

—¡Oh, no! Otros cuatro científicos están en camino. Por cierto... Ya deben estar al llegar. Conecte la radio, Ordax —pidió el jefe de la guardia.

Por la pantalla aparecieron las primeras señales. Una gran nave se aproximaba.

—Ahí están, profesor —sonrió Gorly—. Es ese punto, ¿verdad? Comunique con ellos.

Tras la correspondiente conexión, se escuchó la voz del piloto, y seguidamente la de una mujer.

Lutgard la reconoció en seguida. —¡Nora!

—¡Oh, Lut! ¡Qué grata impresión al oír nuevamente tu voz! —repuso ella.

—Pero ¿cómo diablos se te ha ocurrido...? —empezó

Lut.

—Estaba intranquila. Han corrido numerosos rumores. Lo siento, Lut. Ya sé que no te gusta que me interfiera en tu trabajo. Pero no podía permaner allá abajo, sabiendo que tú corrías un serio peligro.

—¿Y el niño?

—Se ha quedado con los Contans. Está pendiente de las pantallas teleinformadoras. Espera saber de ti.

—Está bien, está bien. —Y luego Lut, dirigiéndose a Gorly añadió —: No debieron dejarla venir. Esto puede resultar sumamente peligroso.

Gorly se encogió de hombros.

* * *

No. En las dos jornadas completas no ocurrió absolutamente nada anormal.

Tampoco se dejó oír la voz de Satán.

Por fin, Gorly y su guardia se marcharon del lugar, dejando a los cuatro nuevos científicos.

Pero antes de la partida, sucedió algo…

Algo que variaría el curso de los acontecimientos.

Lutgard y su esposa tenían previsto el regreso con el resto de la expedición.

Ordax había previsto una pequeña ceremonia de despedida. Un brindis para la buena marcha de todo lo relacionado con Kingley y sus nuevos ayudantes.

Gorly y su gente brindaron con el brebaje especialmente destilado para tales ceremonias. Una especie de vino, que recordaba, de lejos, lo que sus antepasados tomaban para acompañar las comidas corrientes.

No fue una fiesta en sí, sino simplemente una despedida y un deseo de prosperidad.

Lut sonrió a su esposa, pero dirigió una mirada de reproche a Ordax.

A Lut no le parecía el momento oportuno para un brindis, ya que, al fin y al cabo, nada se había descubierto. Todo estaba igual que antes.

Aproximándose a Ordax, Lut consiguió susurrar, sin que los demás se enteraran:

—¿Por qué no les has hablado de Satán?

—Sencillamente, mi buen amigo: porque no quiero que nadie se burle de mí.

—Entonces hablaré yo…

—Yo que tú no lo haría, Lut. Estas cosas son un misterio. Satán no ha hablado entre ellos. Puede que no sea tan peligroso.

—Pero tú lo has oído. Y yo también.

—Este es un desafío personal, Lut. Yo he de que darme. Y tú te vas. Eres más necesario en el planeta —Y alzó su copa, brindando a la salud de todos.

Gorly parecía tener prisa.

El profesor y médico Strasser, a quien no le había pasado inadvertido el cuchicheo entre Ordax y Lut, se aproximó a este último para murmurarle casi al oído:

—Si hay algo que se nos ha ocultado, creo que debemos saberlo.

—Hable con Ordax. El es el jefe aquí…

Ordax levantó aún más su copa y, dirigiéndose de un modo especial a Strasser, declaró:

—Un brindis especial para el doctor. Puede sernos muy útil aquí… —y amplió su sempiterna sonrisa.

—¡Señores! La compañía de todos ustedes nos ha sido muy grata. Saben que nos tienen a su disposición… Lutgard, si está usted dispuesto…

—Sí. Lo estoy. —El corazón de Lut permanecía en Kingley, pero tenía que regresar, y no insistió en quedarse porque tenía allí a su esposa, que había asistido, muda, a la ceremonia de despedida.

Fue entonces cuando la mujer tuvo un vahído…

—¡Oh…! ¡Mi cabeza! —exclamó—. Siento como si…

Estuvo a punto de desvanecerse, lo cual impidió Lut, acomodándola en uno de los sillones.

—¡Doctor! —exclamó.

Strasser se apresuró a examinaría superficialmente. Luego, apartándose de ella, habló con Lut: —El músculo cardíaco. ¿Ha sufrido

otros ataques similares? —inquirió.

—No. Que yo sepa —respondió Lut. —Puede ser efecto del largo viaje espacial. Yo le prescribiría un corto reposo, hasta poder examinarla mejor.

—En este caso…

—No sería aconsejable que viajara, Lut. Su esposa debe reposar.

Así fue como Lutgard decidió quedarse en el satélite Kingley hasta tanto su mujer no estuviera en condiciones de reemprender el viaje…

CAPITULO VII

Tras la partida de la compañía expedicionaria e investigadora, se hizo la súbita noche en Kingley.

Nora, la mujer de Lut, parecía sentirse algo mejor, pero el doctor Strasser, utilizando su equipo médico, la examinó a fondo para concluir al fin:

—No, No parece nada grave. Aun así, no estaría de más que permaneciese algunos días descansando.

Se había habilitado una cama especial para la esposa de Lut. Una especie de biombo o tabique metálico la separaba del resto de los lechos. A Lut se le permitía pernoctar con ella.

Dos días.

Dos días más tarde, la calma era absoluta en el lugar.

Al principio, los hombres se mostraban algo inquietos por la suerte corrida por sus antecesores, pero al cabo de las dos jornadas en la más completa normalidad, nadie pensó en posibles percances.

En esas dos noches de Kingley, el profesor Ordax salió siempre a «echar la acostumbrada vigilancia».

Rutina, lo llamaba él.

Fue en la segunda noche, en la que Lut quiso acompañarle en su recorrido.

—¿Para qué?

—Para descubrir lo mismo que tú estás buscando, Ordax... Parece que hayas olvidado todas esas muertes.

—Son gajes del oficio. Yo sigo vivo, y sé que acabaré por descubrir la verdad.

—¿Qué verdad? —inquirió Lut.

—Las notas de mi antecesor.

—¿Soylan?

Ordax asintió en silencio.

Y así, aquella segunda noche, realizaron juntos el viaje de inspección.

Todo rutinario. Las mismas paradas, los mismos lugares, el cráter del volcán.

—Voy a salir —advirtió Lut.

Ordax se encogió de hombros, al tiempo que murmuraba con cierto humorismo:

—Eres incorregible.

Luí deambuló por el desigual piso basáltico hasta llegar prácticamente a la entrada de la gruta.

El silencio era absoluto. Las potentes luces de la nave iluminaban la senda que recorría Lut, y el propio Lut, con su equipo de alta luminotecnia taladraba las sombras.

Ordax tenía en su diestra una de las armas letales disparadoras de células radioactivas. Lut marchaba a cuerpo descubierto, con los reflejos en tensión.

Al llegar a la entrada de la cueva se detuvo, tratando de descifrar el silencio.

Algo extraño había en aquella calma chicha. Algo que no le parecía del todo normal.

—No es necesario que entres, Lut —gritó Ordax, a través del intercomunicador que permitía hablar a los dos hombres en la distancia.

Lut estaba ya en la misma entrada.

Ordax parecía impaciente.

—¡Vuelve! —insistió el del bólido.

Lut se adentró unos pasos por el interior del agujero lateral del cráter.

Su propia luz inundó de claridad la sima.

Silencio.

Silencio y sus propios pasos, resonando por todo el ámbito.

Ordax, al perderle de vista, se impacientó:

—¡Vamos, Lut! Te estás pasando. Regresa. Ya echaremos un vistazo a la luz del día. ¿Quieres volver?

Lut no contestó, pero Ordax,- desde la nave, podía ver la luz de su equipo iluminando la entrada, lo cual indicaba que Lut no andaba muy lejos de la misma.

Transcurrieron algunos minutos, segundos tal vez, Una llamada de la base. Ordax transmitió.

—Lut, regresa. El doctor Strasser ha dicho que tu esposa ha empeorado. ¡Vamos! Debes darte prisa...

* * *

Ordax y Lut regresaron tan pronto como el último, haciéndose cargo de la situación, volvió corriendo a la nave.

En breves momentos se hallaron en la base.

Strasser atendía a la esposa.

—No era para alarmarse, Lut —sonrió—. Ha sufrido un ligero desvanecimiento. Lo achaco al clima. El oxígeno de Kingley es distinto. Mucho más puro. Eso también puede producir algún que otro trastorno.

—Consiguió asustarme, Strasser —repuso Lut al lado de su mujer, que sonreía débilmente. Y dirigiéndose a ella, inquirió—: ¿Cómo te encuentras, querida?

—Un poco débil, pero Strasser me ha dicho que no tiene mucha importancia.

—Mira, querida... Me gustaría realizar una exploración a fondo de este lugar. Tu enfermedad, mientras sea leve, me alegra. ¿Sabes? Porque así me permite deambular a mis anchas.

—¡Oh, Lut! Ten cuidado. Han ocurrido cosas en ese sitio y...

—A mí no me ocurrirá nada. Mis reflejos responden al cien por cien. Lo tengo bien probado, en el *test* a que fui sometido —adujo Lut.

—Aun así... Quisiera regresar. Es por el pequeño.

—Lo comprendo. Yo también deseo verle, pero hemos de esperar. Un largo viaje podría resultarte perjudicial.

—No salgas. No te muevas de mi lado.

—Me alejaré sólo lo imprescindible —repuso el, pero ya pensaba en la próxima claridad del nuevo día. Estaba completamente resuelto a investigar por su propia cuenta.

CAPITULO VIII

Sinclair había hecho la última guardia nocturna y se hallaba adormilado, junto al pupitre de emisiones

Sinclair era uno de los cuatro que habían reemplazado a los muertos y desaparecidos. Era el más robusto de todos, pero el sueño logró vencerle y, por ello, no advirtió cómo Lut salía sigilosamente del interior de la base para dirigirse a la nave, a fin de efectuar su particular inspección.

Lutgard había podido llegar sin imprevisto. Sabía que a Ordax no le gustaría aquello, pero él era libre, independiente, y quería saber...

Se sobresaltó cuando una voz, a su espalda, dijo:

—Yo también.

Se volvió, ya casi al pie del bólido.

Se encontró cara a cara con el sonriente Strasser.

—Ha conseguido asustarme, doctor... ¿Qué ha querido decir con lo de «yo también»?

—Sencillamente. Quiero acompañarle.

—Como guste, pero ese viaje lo hago bajo mi responsabilidad.

—Si es así...

Strasser sonrió.

—Si le preocupa Ordax, olvídelo. El me necesita.

—Todos nos necesitamos.

—Usted lo ha dicho, Lut...

Y tras un silencio, ya en la nave ambos, preguntó:

—¿Qué le preocupa?

—-¿A mí?

—No disimule.

—Quiero, simplemente, hacer un viaje más sobre Kingley.

—Porque tiene sospechas.

—Han muertos unos hombres, y otros tres han desaparecido. Nadie ha encontrado nada. La guardia registró el terreno, pulgada a pulgada… Sin embargo…

—Sin embargo… —interrumpió Strasser—. Usted no está en absoluto convencido.

—No.

—Yo tampoco.

—Bien. Pues vamos.

—¿Lleva armas? —inquirió el médico.

—Las de la nave.

—Yo me he preocupado un armatoste de células. Nunca se sabe.

Lut puso en marcha la nave.

—¿Dónde vamos? —preguntó Strasser.

—Quiero ver el lago arenoso donde encontraron a los primeros. Luego, directamente al cráter. ¿Lleva su aparato potenciómetro?

—Sí. Voy equipado al completo.

Se hizo un largo silencio, que interrumpió Lut para preguntar:

—Usted me esperaba. ¿Qué le hizo suponer…?

—¿Que pensaba usted realizar esa pequeña incursión? Muy sencillo. Usted es un hombre inquieto. Le oí insistir, cuando habló anoche con Ordax, en hacer una nueva exploración… Ordax no es demasiado complaciente, ¿verdad? —Y sin esperar respuesta, añadió —: Y usted es de los que no tienen espera.

—Confieso que soy impaciente.

—Franqueza por franqueza, Lut… Su esposa no tiene nada.

Lut, que ya sobrevolaba la zona del lago arenoso, se volvió, abriendo mucho los ojos.

—Alguien provocó su desvanecimiento.

—¿Está seguro?

—Completamente.

—Pero ¿quién? ¿Con qué objeto?

—Si ella no estaba en condiciones de reemprender el viaje, usted se quedaría.

—Insinúa en que alguien desea que me quede aquí.

—Esto parece claro. Usted puede dejar a su esposa en el planeta, pero jamás la dejaría aquí, sabiéndola enferma... ¿O acaso me equivoco?

—Es absurdo...

—Puede que lo sea... Pero mi versión es ésta.

—Oiga, Strasser, aquí sólo manda Ordax, y él es el primero en desear mi marcha. No conozco a nadie de los nuevos, excepto a usted, doctor Strasser... Ya me dirá, pues, quién pudo...

Dejó la frase sin terminar. Strasser se encogió de hombros.

Al fin añadió, en tono misterioso:

—Tal vez haya alguien más entre nosotros. Alguien a quien no podemos ver... Ese «alguien» al que usted persigue...

Y los dos hombres se quedaron mirándose en silencio.

CAPITULO IX

El lago arenoso era una de las pocas llanuras de Kingley. Midiendo en metros su superficie, tendría aproximadamente unos quinientos de perímetro, irregulares, con una anchura máxima de unos treinta metros.

Allí habían muerto los primeros hombres y, posteriormente, enterrados.

Strasser hizo unas pruebas con mucha prudencia. Lut, comprendiendo, murmuró:

—No, doctor. No son arenas movedizas. Puede pisar firme sobre ellas.

Luego prosiguieron el viaje. La meta era el cráter del volcán.

Aquel lugar —hay que repetirlo— era sobrecogedor. Un infierno al aire libre, con piso amarillento, rocoso y reseco.

En un ángulo, la entrada de la gruta, que ahora quedaba medio iluminada por el astro que daba luz al habitáculo.

Strasser contempló el panorama desértico que le envolvía.

—¿Aquí escuchó las voces? —inquirió Strasser con su voz grave, ronca.

Lut, que más o menos le había puesto al corriente, asintió con la cabeza.

—¿Supone que procedían del subsuelo?

—Lo único que puedo afirmar es que retumbaron por todo el cráter. No puedo decir exactamente su lugar de procedencia. Si me dijeran que surgían de un millar de altavoces colgando del espacio, lo creería. Es absurdo —alzó los hombros—, pero fue así.

—Y dice que Ordax lo oyó otras veces.

—Eso me dijo.

—¡Satán! —exclamó Strasser—. ¿Cree usted en viejas brujerías?

—Yo ni creo ni dejo de creer. Dicen que existe Satán Un Ser Supremo, que vive para el mal. Hay otro Ser que sólo busca el bien de

los humanoides. Nadie ha visto a ninguno de los dos.

—Por cierto, ¿ha visto usted esos apuntes del antecesor de Ordax?

—¿De Soylan Kingley?

—Sí.

—No. No los he visto. Ordax dijo que desaparecieron.

—¿Le dijo lo que había escrito en esas notas?

—Vaguedades. Nada en concreto —replicó Lutgard.

Strasser deambuló por el suelo irregular, amarillento. De pronto, se volvió y murmuró:

—He estudiado viejos libros sobre ciencias oculta; y poderes maléficos. Soy un poco escéptico. Lo confieso, pero hay detalles que pueden calificarse de sobrenaturales. Por lo menos, carecen de explicación científica.

—Supongamos que exista Satán. Que esté aquí... entre nosotros...

—Supongámoslo —admitió a su vez Strasser.

—¿Qué se propone? Mi nave tuvo que virar, perdió el control, y no había un solo fallo. ¿Por qué quiere retenernos?

—Tal vez para aniquilarnos, uno a uno, hasta que dejemos el habitáculo de Kingley —aventuró Strasser

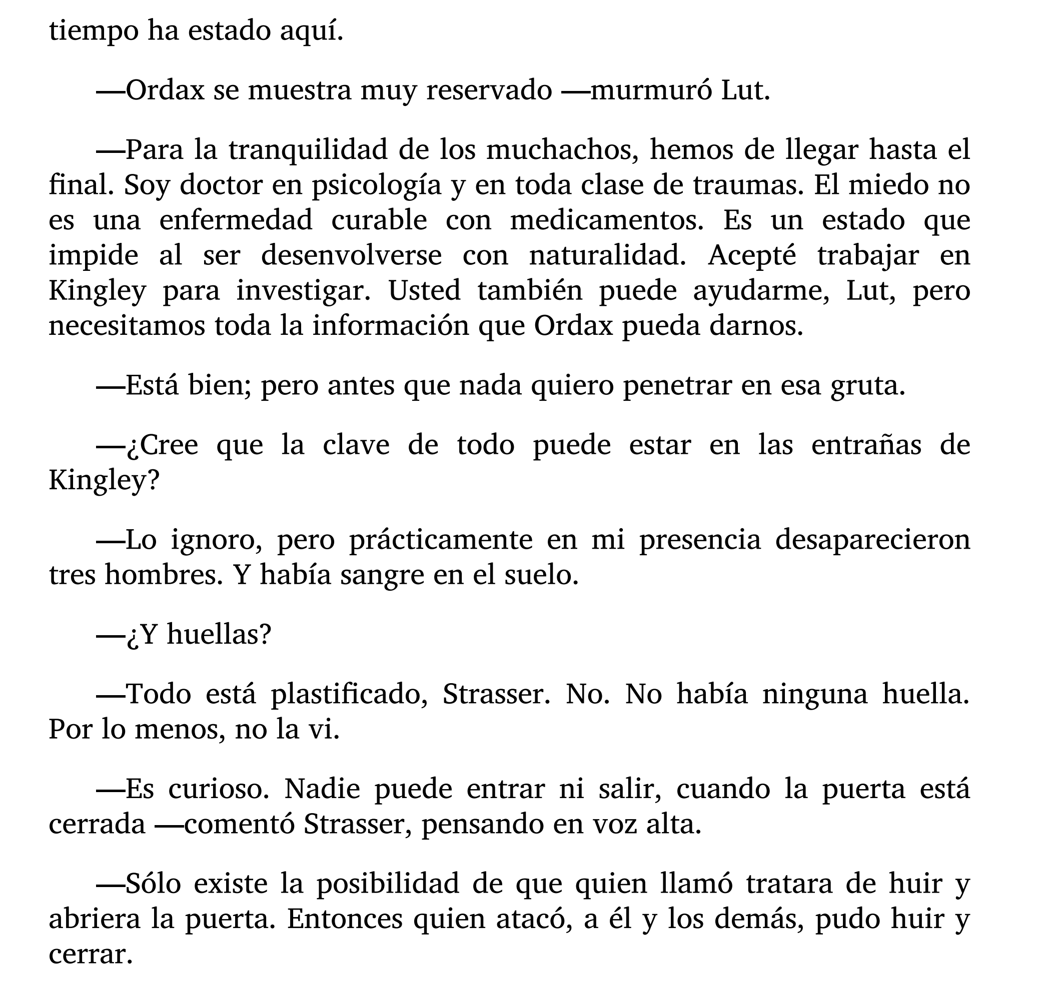
—Si es un ser tan poderoso, ¿qué daño le hacemos transmutando oxígeno?

—Sigamos admitiendo la posibilidad de la existencia de ese ser diabólico. No necesita de oxígeno. Puede vivir donde sea, y en las condiciones que sea, porque es sobrenatural; sin embargo, quizá sea éste su cuartel general. Su punto de partida para todas las acciones — adujo Strasser.

—No, doctor. Permítame que discrepe. Un ser sobrenatural no tiene un cuartel general. Está en todas partes, obra donde sea. No podemos estorbarlo... Puede que Satán exista, pero la voz que oí era la de una persona como usted o como yo...

Strasser asintió, sin demasiado convencimiento.

—Hablaremos con Ordax. Que nos diga cuánto sepa. Es quien más



tiempo ha estado aquí.

—Ordax se muestra muy reservado —murmuró Lut.

—Para la tranquilidad de los muchachos, hemos de llegar hasta el final. Soy doctor en psicología y en toda clase de traumas. El miedo no es una enfermedad curable con medicamentos. Es un estado que impide al ser desenvolverse con naturalidad. Acepté trabajar en Kingley para investigar. Usted también puede ayudarme, Lut, pero necesitamos toda la información que Ordax pueda darnos.

—Está bien; pero antes que nada quiero penetrar en esa gruta.

—¿Cree que la clave de todo puede estar en las entrañas de Kingley?

—Lo ignoro, pero prácticamente en mi presencia desaparecieron tres hombres. Y había sangre en el suelo.

—¿Y huellas?

—Todo está plastificado, Strasser. No. No había ninguna huella. Por lo menos, no la vi.

—Es curioso. Nadie puede entrar ni salir, cuando la puerta está cerrada —comentó Strasser, pensando en voz alta.

—Sólo existe la posibilidad de que quien llamó tratara de huir y abriera la puerta. Entonces quien atacó, a él y los demás, pudo huir y cerrar.

Tras un silencio, Strasser decidió:

—Bien. Vamos a ver esa cueva. Luego hablaremos con Ordax.

Se aproximaron a la entrada de la gruta.

En el mismo umbral, Strasser, muy decidido —llevaba la delantera —, inquirió:

—¿Lleva armas?

—Una pistola.

—Entonces, vaya usted detrás. Así podrá cubrirse mejor.

—Como quiera.

Comenzaba lo que podía ser una gran aventura, por que la gruta podía convertirse a la vez en algo más que un paseo por el subsuelo de

Kingley. Aquello podía significar la tumba de aquel par de hombres que desafiaban el peligro y se adentraban hacia lo desconocido.

Y Strasser dio el primer paso hacia el interior.

CAPITULO X

La cueva descendía lentamente sobre un suelo irregular. Un extraño fenómeno la mantenía tenuemente iluminada con una luz amarillenta, aunque Lut llevaba preparado su equipo electrónico para procurarse la visibilidad, cuando ésta faltara.

Habían caminado unos cincuenta metros, siempre en sentido descendente.

La bajada seguía siendo suave y angosta.

Strasser se detuvo.

—¡Tenga cuidado! Hay unos escalones. Ahora la rampa es más pronunciada.

La luz se iba extinguiendo, y Lut hizo uso de su equipo electrógeno.

Un blanco reluciente rebotaba contra las paredes y daba una perfecta claridad a la sima, que ahora descendía abruptamente.

Llegaron al final de una bifurcación. Derecha e izquierda.

—¡Cuidado! —volvió a prevenir Strasser.

En el centro había un pozo.

—Ese podría ser el conducto de la lava. ¡Quién sabe cuánto tiempo ha estado inactivo esto!

—Hay que elegir un camino —sugirió Lut—. Conviene que no nos separemos.

—Tal vez. Me inclino por el más descendente. Quizá nos lleve hasta la misma entraña del volcán.

Continuaron. Ahora el sendero se había hecho mayor en amplitud, y tuvieron ocasión de cruzar auténticas galerías que bordeaban abismos insondables.

La potencia del equipo luminotécnico de Lutgard no alcanzaba a llegar hasta el final de la sima.

De nuevo otra bifurcación de caminos.

—Creo que sería mejor separarnos —sugirió el doctor Strasser, e indicó el tramo que elegía.

—Pero usted no lleva armas.

—Tengo un potenciómetro. No es tan potente como su equipo, pero me permitirá ver. Además... Fíjese en esa parte... —e indicó un lugar de las profundidades.

—Sí —murmuró Lut—. Allí parece que hay una cierta claridad.

—Tal vez vuelva a salir a la superficie. Por favor, Lut, grite.

—¿Cómo?

—Lance un grito.

Lut asintió, ahuecó las manos y gritó:

—¡Aaaaaooooh!

Su voz resonó en todo el ámbito subterráneo.

—Bien. Esta será la señal. El que encuentre algo interesante, que grite. Ambos sabemos hacia dónde vamos. Yo llevo un pequeño reflector. Si soy yo el que da la alarma, usted trate de buscar mi luz. Si es usted., podré seguirle perfectamente. ¿Tiene algo que objetar?

—Preferiría no tener que separarnos, pero estamos en un laberinto, y temo que lo más importante sea ganar tiempo.

Así fue como los dos hombres se separaron.

Strasser tomó el sendero de la izquierda, que bordeaba abiertamente el abismo.

Lutgard tomó el de la derecha. Estaba lleno de recovecos, y a uno de los lados tenía igualmente el vacío.

* * *

Entretanto...

En un lugar ambiguo, demasiado oscuro para describir, pero reconocible acaso por la humedad penetrante, alguien, arrodillado sobre un suelo invisible, estaba hablando, sin ningún interlocutor visible:

—Están profanando tu santuario, Satán, pero ellos lo hacen en

defensa de sus hermanos de raza. No pueden hacernos daño…

El hombre que hablaba sin elevar la voz, utilizaba un tono susurrante, de absoluta sumisión.

Y siguió:

—Allá abajo no descubrirán nada, ¿verdad? No pueden descubrir nada. Tu fuerza lo puede todo. Yo creo en ti, Satán. Sé que podemos dominar el universo entero. Podemos ser los amos… Pero necesitamos gente inteligente.

Fue entonces cuando surgió la voz metálica, una voz difícil de definir. Parecía extraída de un magnetófono, con extrañas resonancias.

La voz, la misma voz que oyera Lutgard la noche que estuvo con Ordax, la misma noche en que desaparecieron, sin dejar rastro, los tres últimos componentes del equipo de la base, dejó oír sus palabras metalizadas, frías…

—Te estás volviendo blando. Eres viejo, demasiado viejo.

—Pero tú me das la vitalidad suficiente. Estoy fuerte. Sé lo que tengo que hacer, Satán. Sólo te pido…

—No tienes que pedirme nada. Soy yo quien lo dispongo todo. Tú lo sabes. Este es el pacto. Necesito un ayudante. Y espero que sigas sirviéndome.

—Sí, Satán, pero ese hombre, el profesor Lutgard…

—Lutgard y Strasser deben morir. Todos deben morir. La base tiene que ser abandonada. Sólo así saldrán las cosas tal como las he planeado. Tal como sucederán. Yo soy el Rey de todo cuanto existe y existirá. Ese habitáculo es el más importante… Luego están los otros dos. Sin ellos, vuestro planeta no podría subsistir, por falta de oxígeno… Y no subsistirá. Estas son mis órdenes.

—Lo que tú digas. Sabes que siempre he respetado tu criterio.

—Pues no pidas nada. Actúa. Y hazlo rápido. Tu planeta debe desaparecer. Le daremos el oxígeno que precisa para convertirlo en un mundo de esclavos. Robots que obedecerán ciegamente e irán por los espacios a implantar la nueva ley, la nueva forma de vida, donde el único Rey y Señor seré yo: Satán.

—Sí, mi señor —repuso la voz del hombre arrodillado en la oscura gruta.

—Acaba con todos. Strasser y Lutgard no deben salir de la gruta. Ahora. Ya.

Y una luz rojiza iluminó brevemente un espectro metálico, sin faz ni cuerpo. Era algo similar a un monolito metálico, que resplandeció fugazmente para quedar de nuevo sumido en las tinieblas.

* * *

—¡Aaaaaaooooh!

Era el grito de Strasser de que precisaba auxilio o por lo menos pedía la presencia de su eventual compañero Lut, quien, al oírlo, desanduvo lo andado y, a toda prisa, trató de localizar la situación del médico.

—¡Aaaaaaooooh! —volvió a gritar, y su voz se multiplicó, por el eco del subterráneo.

Lut intentó descubrir la lucecita del pequeño aparato electrónico de Strasser.

Jadeante, tomó un atajo entre los enormes precipicios que terminaban en las mismas entrañas del volcán.

Se detuvo, tratando de orientarse, y gritó a su vez.

El mismo grito del profesor, a la vez que, con su equipo electrógeno, intentaba buscar a su compañero.

En medio de aquel infernal laberinto, halló el camino. Vio la luz y gritó:

—¡Aquí estoy, Strasser!

Fue entonces cuando le pareció que alguien huía por algún sendero del subterráneo.

—¡Quién anda por ahí! —gritó.

Antes de hallar respuesta, casi a sus pies, unos dos metros más abajo, vio tendido el cuerpo del doctor Strasser.

Estaba muerto.

CAPITULO XI

Strasser mostraba una marca en el cuello. Una señal casi insignificante. Por allí había penetrado la muerte.

Nada podía hacer por él, pero sí seguir a su asesino. No debía andar demasiado lejos. Y estaba seguro de que era la persona a la que había visto huir a través de uno de los laberínticos corredores de la sima.

Empuñó su pistola, lleno de coraje, y siguió por el sendero que había escapado el criminal.

Se detuvo un instante, tratando de escuchar las pisadas de su perseguido; sin embargo, sólo resonaban las suyas. Pero presentía la presencia del asesino muy cerca de él.

El sendera que ahora recorría se hacía más angosto, y estaba lleno de recovecos, huecos, escondrijos. Resultaba ciertamente peligrosa aquella persecución.

La luz que emanaba de su aparato era el constante anuncio de su presencia.

«¡Un estilete! —pensó—. Ha utilizado un estilete para desangrarlo. Un arma tal vez envenenada. Algo muy rápido.»

Recordó que junto al cadáver de Strasser había una leve mancha de sangre, igual que la que había visto en la base, cuando desaparecieron los tres únicos ocupantes, sin dejar rastro.

Siguió el posible rastro de su enemigo. Ahora iba pegado a la pared, con los sentidos a toda tensión.

«Puede surgir de cualquier sitio.»

Avanzó lentamente y se ocultó tras un hueco. Apagó la luz y trató de habituar sus ojos a una oscuridad que no era absoluta. Por algún lugar se filtraba una claridad, con la que era posible vislumbrar el sendero.

Aguantó la respiración para no delatar su presencia y siguió andando.

Lut ignoraba que su sentencia de muerte había sido pronunciada por quien, en forma de monolito rojizo, hacía llamarse Satán.

* * *

Mientras, en la base, Ordax consultó el reloj personal y lo comprobó con el general de la sala de mandos.

—Strasser y Lut llevan ausentes demasiado tiempo. Esto no me gusta —comentó con sus colegas ayudantes.

Sinclair adujo:

—De buena gana les habría acompañado. Si usted lo desea… puedo ir yo. Tomaré un bólido.

—Esperaremos un poco más. Trate de localizarles. Lut lleva un transmisor.

Sinclair hizo la prueba, sin obtener respuesta.

Ordax lanzó un bufido:

—Esto indica que están muy alejados de la superficie. Ese cabezota estaba empeñado en meterse dentro del volcán.

Inesperadamente surgió, Nora, la mujer de Lutgard.

—¿Pasa algo?

—Tranquila, por favor —rogó Ordax—. No ocurre nada.

—Le oí decir algo respecto a mi marido.

—Bueno. Tarda un poco, pero no iba solo. El doctor Strasser le acompañaba. Seguro que no tardarán.

Y Ordax sonrió, como para darle ánimos.

* * *

No eran ánimos lo que le faltaba a Lut, que seguía tras el asesino.

El corredor subterráneo se había hecho tan angosto, que impedía el paso a todo ser normal.

—No puede haber desaparecido —murmuró Lut—. A menos que…

Observó el angosto paso. Apenas podía pasar una mano por él.

—Por aquí no es posible… —murmuró, pero de pronto vio cómo un objeto metálico, una lámina, que tomaba cuerpo hasta convertirse en un robot enano, en forma de pigmeo.

Lut tuvo la seguridad de que el pequeño robot había podido infiltrarse por aquel reducido espacio, por el cual a él le era imposible seguirlo.

Recorrió a la inversa el sendero para buscar un nuevo sitio donde proseguir la persecución.

Perdió un tiempo precioso, pero al fin, escalando las rocas subterráneas, se colocó en un plano superior.

El robot pigmeo estaba a punto de desaparecer, tras un angosto pasadizo.

Ya sin dudarlo, Lut sacó su pistola y disparó. Tuvo que efectuar un segundo tiro para que el pigmeo acusara el impacto.

Una llamarada convirtió el cuerpo metálico en un montón de cenizas.

Todo había ocurrido en el más absoluto silencio.

Después…

Junto al cadáver del malogrado Strasser, Lut ya no podía hacer otra cosa que cargar con él y devolverlo a la base.

En el suelo había quedado aquella insignificante mancha de sangre.

CAPITULO XII

—¡Cielos! Es el doctor Strasser —murmuró Sinclair, que fue el primero en ver salir de la nave a Lut, con su macabra carga al hombro.

—¡Nos tenías en vilo, Lut! —exclamó Ordax, antes de darse cuenta de la realidad. Luego, al ver el cuerpo exánime del médico, se tornó lívido—. ¿Cómo ha ocurrido?

Lut, por toda respuesta, extrajo un pedazo de plancha metálica, en la que había quedado adosado una especie de muelle.

—Ahí tienes, Ordax. Esto es parte del asesino.

Nadie comprendió demasiado bien hasta que, después, con mayor calma, ya dentro de la base, explicó por encima lo ocurrido.

—Un robot o algo por el estilo, que tiene la facultad de pasar por un lugar tan estrecho que ni siquiera cabe una mano… No hay duda de que tenía un objetivo: matar. Seguramente a los dos. Dio primero con Strasser, y por eso sigo vivo —dijo Lut, tras su larga explicación.

—Hay que explorar esa cueva —manifestó Sinclair—. Tenemos que ir todos.

—¡Nadie se moverá de aquí! —exclamó Ordax—. Ya he perdido a demasiada gente.

Lut asintió.

—Por ahora, Ordax, se hará lo que tú digas, pero a mi regreso, iré con Sinclair y los demás, y pediré refuerzos nuevamente. Ahora tengo pruebas… Hay que averiguar de dónde salen esos pigmeos, cuántos son y quién los dirige.

—¿Qué quieres decir con eso de «a tu regreso»? —quiso puntualizar Ordax.

—Quiero dejar a Nora al margen de todo esto. Regresaré con ella al planeta y, cuando esté a salvo, regresaré.

—No puedes llevártela. Está todavía demasiado débil para realizar ese viaje.

—¡Tonterías! Nora está bien. Han tratado de retenerme a mí…

—No te entiendo, Lut. Si no hablas más claro.

—Sí, Ordax, te lo diré para que me entiendas tú y todos los demás. A Nora le han suministrado algo. Algo especial para dejarla aletargada. Afortunadamente, no se trata de un veneno demasiado poderoso. Pero alguien que está aquí, con nosotros, le ha dado una pócima.

Todos los reunidos se miraron en silencio.

—Pero ¿qué dices? Es absurdo —fue Ordax quien rompió el silencio—. Espera. Ven. Quiero hablar contigo a solas.

Lut asintió y, seguidamente, en la sala contigua, mientras los demás hombres del equipo quedaban comentando, Ordax murmuró:

—No quiero alarmar a los demás. Esa muerte ha venido a empeorar las cosas. Y justamente, Strasser. Lo necesitábamos mucho...

—Todos somos necesarios, Ordax, por eso quiero llevarme a Nora. Pero volveré.

—Eso que has dicho de que han tratado de envenenarla es totalmente absurdo. Los que han llegado ni siquiera os conocían. Supongo que yo estoy por encima de toda duda... ¡Y aquí no hay nadie más!

—¿Te olvidas de Satán?

—No, y precisamente de eso quería hablarte... Oye... Si es verdad que tratan de retenerte aquí, no conseguirás nunca llegar al planeta. Recuerda lo que ocurrió la otra vez. Los mandos se negaban a obedecer. Tu nave funcionaba perfectamente, pero una fuerza te obligaba a regresar.

Sí. Lut lo recordaba y lo temía a la vez, pero insistía en dejar a Nora al margen de todo.

—Esta vez me llevaré un bólido de repuesto. Una cápsula unipersonal. Sea como sea, Nora regresará al planeta y, si yo no lo consigo, le daré el informe para que vuelva el equipo. Ahora ya sabemos dónde tiene la guarida Satán... o quien sea.

* * *

Antes de que la repentina noche cayera sobre Kingley, la nave de Lutgard estaba ya dispuesta para la partida. Nora se iba muy a gusto con su hombre. Odiaba aquel lugar y, sobre todo, temía por su

marido.

—Es un sitio maldito —dijo cuando la nave se había elevado con rumbo al planeta. Y antes de que Lut hiciera algún comentario, añadió—: ¡Pobre doctor Strasser!

—Sí. No debimos separarnos. Se lo advertí, pero ahora ya es tarde para lamentarse. ¿Qué tal te sientes?

—Bien, cariño. Sólo deseo estar en casa, contigo. Que sigas tu trabajo, como siempre.

—Tengo que volver, Nora. Lo que ocurre aquí, presiento que puede afectarnos a todos. Presiento que Ordax oculta algo... algo que puede resultar fatal para todos.

—Pero tú no tienes nada que ver.

—Estoy al servicio de la ciencia. Soy un ciudadano consciente de los peligros. Sería un inconsciente si, después de lo ocurrido, me encogiese de hombros y me desligara de todo esto.

—Pero está la guardia.

—La guardia anda a ciegas. No sabe o no se le dice todo lo que hay que decirle.

—¿No rastrearon el terreno?

—Sí, Eso hicieron.

—Ellos no encontraron nada.

—Quizá eran demasiados... A alguien le interesa ir eliminando a la gente, poco a poco. Tengo una sospecha.

La nave seguía su rumbo correctamente. Lut, atento a los mandos, continuaba la ruta prevista, en dirección al planeta.

Todo iba bien.

—¿Qué es lo que sospechas? —inquirió Nora, temerosa.

—Quieren que nos vayamos de Kingley. Luego seguirán con los satélites menores, pero el importante, no sé por qué razón, debe ser Kingley. El Consejo General de las Naciones quizá no quiera concederle la importancia que tiene. Pero yo sí sé que la tiene...

—¿Qué pasaría si abandonaran Kingley?

—Es una fuente de oxígeno, Nora. Es una de las centrales. Nuestro planeta no puede subsistir sin el oxígeno:

—¿Crees que pretenden eliminarnos?

—No sé exactamente lo que pretenden, y eso es precisamente lo que me propongo averiguar.

Algo ocurría en los mandos. Igual que la otra vez.

Lut, prevenido, murmuró:

—Ve a la parte de atrás y aprieta la palanca cuando yo te lo indique.

—¿Qué ocurre?

—Puede que tengas que regresar sola, en el bólido unipersonal. Voy a ponerme en contacto con el planeta, para advertirles.

—¡Oh, no, Lut! Yo quiero estar contigo,

—Tienes que cuidar al niño. Recuerda.

—Pero ¿qué pasa?

—Una fuerza extraña frena la trayectoria del vehículo. Baja la palanca.

Ella dudó.

—¡Vamos, Nora, haz lo que te digo!

Aún vaciló la muchacha, pero ante el estado de tensión del hombre accedió.

Sin embargo, algo iba mal.

—No funciona.

—¿Cómo que no funciona? Todo está perfectamente comprobado. —Abandonó los mandos, dejando que la nave navegara automáticamente. Fue hacia la palanca y tiró de ella con fuerza.

Inútil.

Algo se había atascado.

—¡Maldita sea! —exclamó Lut, y se dedicó a la caja de mandos, que abrió con violencia.

Manipuló en los aparatos hasta conseguir que algo funcionara.

—¡Ahora! Tira con fuerza.

Nora obedeció y la palanca bajó hasta el tope, haciendo que el bólido unipersonal se colocara en posición de disparo.

Lut regresó rápidamente al pupitre de mandos.

—Lo que imaginaba —dijo, tras hacer algunas comprobaciones—. Estamos flotando.

—Pero ¿qué sucede?

—Hay una fuerza extraña que nos retrotrae al puesto de origen, pero esta vez no ocurrirá como antes —y pulsó el botón de comunicaciones—. Atención a la base. Aquí el 0022. Lanzo bólido de emergencia, con mi mujer a bordo. Cuiden ustedes del vuelo, yo no puedo seguir.

—De acuerdo, 0022. Puede lanzar el bólido de emergencia. Está en nuestra órbita.

Lut volvió a dejar el pupitre para dirigirse a su mujer, a la que abrazó con todo el cariño que sentía por ella.

—Siento dejarte, pero no quiero que vuelvas a Kingley. Estoy seguro de que desentrañaré el misterio, Escucha. Debes dar un mensaje al jefe Gorly. Le necesito de nuevo. Bastará que lleve media docena de hombres duchos, dispuestos a todo. No sabemos con lo que vamos a enfrentarnos, pero sea lo que sea es vulnerable. Dile que estoy dispuesto a volar el volcán, si es preciso. Que traigan el instrumental necesario.

—Lut, por lo que más quieras. No me abandones… —suplicó ella.

—No perdamos tiempo, querida. Mi nave pronto virará. Nos alejaremos de la órbita, y entonces ya no podrías regresar al planeta. Haz lo que te digo.

Había dejado el contacto abierto y, desde la base, habían escuchado las últimas palabras de Lut.

—Conteste, 0022. ¿Qué clase de problemas tiene?

Lut seguía abrazado a su mujer, rogándole que subiera al bólido.

—Vamos. Cuando estés dispuesta pulsaré la palanca de despegue. Llegarás al planeta sin darte cuenta.

—Conteste, 0022, conteste —insistían desde la base del planeta.

—Vamos, Nora. No te lo pediría si no fuera absolutamente necesario.

—Llamando a 0022. Lutgard, conteste.

Lut fue hacia el transmisor:

—Estoy tratando de no apartarme de la órbita. Voy a disparar el bólido.

—No lo haga. Se ha apartado de nuestra órbita. Trate de colocarse de nuevo en ella,

—¡Maldita sea! Cada segundo es precioso. Nora... ¡Cielos! Haz lo que te digo. Lo hago para que no corras ningún peligro. —Y volvió a los mandos. Forzó al máximo, consiguiendo que la nave avanzara en dirección al planeta.

Nora accedió al fin.

—Está bien, Lut. Haré lo que tú quieras, como siempre.

Lut lanzó un suspiro y se encaró nuevamente con el micro, para hablar con la base.

—Avísenme cuando esté en órbita...

—Le faltan únicamente tres puntos. No comprendo lo que ocurre.

—Yo tampoco, pero conseguiré superar esos tres puntos —repuso el piloto.

Forzó el ritmo, dejó libres los escapes que auto-propulsionaban la nave, imprimiéndole la máxima velocidad.

—Retenga la marcha, 0022 —le advirtieron—. Conseguirá que estalle su cacharro.

—Es el único medio de llegar a la órbita...

—Aguarde aún. Espere nuestra señal,

—De acuerdo, base,

Y sin dejar de observar el oscilómetro, contó las décimas.

Dos puntos, uno coma nueve, coma ocho, coma siete. El avance era lento, a pesar de la propulsión a tope, que había imprimido.

Un punto…

Ahora avanzaba un poco más.

—Estoy lista —dijo Nora, y cerró la carlinga hermética de la cápsula unipersonal.

Lut tomó la palanca y la situó en situación de «Prevenido».

Cuando recibiera la señal, sólo tendría que bajarla a tope, lo que ocurriría luego es que el bólido saldría disparado por la parte de atrás. La nave se tambalearía durante unos instantes para ponerse nuevamente en posición normal de flotación.

—¿Preparado, Lutgard? Le falta medio punto.

—Preparado —repuso el piloto.

De pronto, sucedió algo inesperado.

La nave recibió una sacudida. Lut tuvo que sujetarse para no perder el equilibrio.

Impensadamente, su mano sujeta a la palanca tiró de ella. El bólido salió disparado en la negra oscuridad espacial.

—¡No! ¡No! ¿Qué ha hecho, 0022? —gritaron de la base—. El bólido no estaba aún bajo nuestro control.

—¡Cielo santo! —exclamó Lut, mirando a través de la acristalada carlinga cómo el bólido donde iba su preciada esposa se perdía en los espacios abismales.

Hizo virar la nave y la dejó flotar, sin mandos; su mayor peso era lo único con que contaba para rescatar el bólido de su esposa, que casi había desaparecido en la inmensidad del espacio.

CAPITULO XIII

Cuando Lut consideró que se había aproximado lo suficiente, lanzó su nave en barrena. Estando fuera de órbita, los mandos respondían a la perfección.

Podía ver mucho más abajo —o arriba, según se mirara— el pequeño bólido unipersonal.

—Nora... ¿Me oyes, Nora? Contesta.

La voz de la esposa llegó lejana y temblorosa:

—Voy a la deriva, Lut.

—No te preocupes. Me acercaré a ti y te absorberé de nuevo. No pierdas la serenidad.

—Lut, me falta oxígeno.

—Lo imagino. El bólido no está preparado para flotar por el espacio, fuera de órbita... Pero te queda el suficiente. No pierdas la calma. Insisto. En seguida estaré contigo.

Sin embargo, parecía como si una fuerza poderosa imprimiera al bólido una velocidad fuera de lo común.

Lut dio el máximo poder a su nave, y al fin consiguió ver cómo se acercaba cada vez con mayor rapidez al bólido.

—¡Date prisa, Lut! ¡Me ahogo!

La voz desesperada de su mujer era como un mazazo para el atormentado Lut, que estaba haciendo lo humanamente posible para dar alcance al pequeño artefacto.

—Sólo me faltan unos pocos puntos. Te alcanzo en seguida —dijo él para darle ánimos.

El sudor perlaba la frente del hombre mientras oprimía botones, subía y bajaba palancas y accionaba el oxígeno propulsor.

Cada segundo tenía un valor incalculable porque dentro de aquel pequeño bólido iba lo que más quería en su vida.

Al fin, alcanzó una distancia lo suficientemente próxima para intentar la absorción, pero para ello era necesario arriesgarse con los

vaivenes que produciría la nave, al dar entrada al bólido. Allí sí que no cabía ninguna equivocación, ya que, de cometerla, se produciría un nuevo retraso, que podría ser fatal.

—Se acerca el momento, Nora. ¿Me oyes?

Un respirar estentóreo le indicó que el oxígeno del bólido se había terminado. Nora sólo disponía del poco aire acumulado en sus pulmones.

Un esfuerzo más.

La nave se situó por delante del bólido. Era menester mantener la misma velocidad,

—Ahora, querida. Agárrate fuerte —gritó Lut desde su transmisor.

Comprobó que lograba mantener la distancia.

La nave sufrió una pequeña sacudida que retrasó un par de segundos la operación.

En la base inquirían detalles, pero Lut no contestaba siquiera. Para él, lo primero era rescatar el bólido.

Consultó los cuadros. Tenía completamente detrás suyo el pequeño artefacto.

—¡Ya! —dijo.

Una fracción de segundo, y en seguida se dispuso a apretar la palanca.

Pulsó a la vez el botón de absorción.

Por un instante, el bólido pareció quedarse estático, inmóvil en el espacio.

—¡No! —gritó desesperadamente Lut, temiendo lo peor.

La nave se tambaleó, pero al fin el bólido fue absorbido nuevamente.

Dejó los mandos, abandonó el pupitre para sacar a su mujer, exhausta, del interior del bólido.

En brazos, la depositó sobre una de las sillas redimibles y le aplicó una tobera supletoria a la boca.

—Respira, querida. Respira. Hemos llegado a tiempo. ¿Lo ves? —Y

lanzó un suspiro. Acababa de vencer una batalla contra la inescrutable naturaleza de aquel mundo de tinieblas. Del mundo del espacio.

* * *

No. No era posible volver, ni siquiera mantenerse en la órbita del planeta.

—Si encontrara un canal incontrolado… sé que podríamos llegar —murmuró Lut, vagando sin prisa.

Ahora Nora estaba completamente repuesta.

—Prefiero estar contigo… Nunca había pasado tanto miedo. Pero habrá que avisar a los Contans. Quiero saber de nuestro hijo.

Lut parecía tener la cabeza muy lejos de sus hombros. Sus pensamientos estaban en el futuro.

Sin comentar las palabras de Nora, murmuró:

—Cuando regresemos a Kingley, no haremos nada hasta que Gorly y su gente estén ahí. Luego haré que regreses con ellos.

De pronto, a la mujer le sobresaltó una idea:

—Esa fuerza que retiene tu nave… Es a ti a quien quieren, Lut.

—Podrían ahorrarse el trabajo. Yo no trato de huir. Al contrario.

—Sin embargo, no quieren que vuelvas al planeta.

—Tienes razón… Pero no logro averiguar el porqué. Al fin y al cabo, soy el único que ha tratado de investigar en serio.

—Quizá, sin saberlo, hayas descubierto algo…

—Nada en concreto.

—Sé qué hablasteis de unos apuntes del profesor Soylan.

—Sí…

—Quizá en el planeta exista algo relacionado con esos apuntes. Algo que intentan qué no descubras.

Tras un silencio, Lut murmuró:

—¿Sabes, Nora? Esta podría ser una buena razón… Voy a comunicar con la base. Me aproximaré cuanto pueda.

Más tarde, Lut hablaba con el *controller* de la base.

—Consigan todas las notas de Soylan. Que Gorly las lleve a Kingley en cuanto venga. Que no se demore, Pero quiero todas esas notas.

Después de que él hubiera hablado, Nora comentó:

—Deben ser escritos muy viejos. Soylan hace mucho tiempo que murió.

—Sí.

—Fue el descubridor del habitáculo y de sus propiedades. ¿No es cierto?

—Sí.

—¿Lo enterraron en Kingley?

—Creo que sí. Yo no lo sé. No había nacido todavía. Se lo preguntaremos a Ordax.

—A propósito de Ordax. ¿Qué tal persona es?

—Inteligente. De eso no cabe duda... Pero... me gustaría saber lo que oculta. Porque hay una cosa evidente: él sabe algo más de lo que dice. Sabe algo, pero no quiere soltarlo.

Y más tarde, repitió su nombre para sí mismo:

—Ordax...

CAPITULO XIV

—Elimínalos así que lleguen —dijo la voz metálica, en ese lugar totalmente oscuro.

Arrodillada, la silueta de un hombre murmuró:

—¿A los dos?

—Sí. A los dos, Lutgard y su esposa. Han pedido informes... Quieren saber demasiado... Y esta vez no quiero fallos. El ya debería estar muerto, como Strasser.

—Será peligroso. Cuando regresen, los demás estarán aquí...

—Regresarán por la noche. Un sueño profundo se apoderará de ellos. Las señales no funcionarán por unos momentos. Ellos saldrán de la nave y entonces... ya sabes lo que tienes que hacer.

—Si ésta es tu voluntad, así se cumplirá, Satán —dijo la voz del hombre amparado en las tinieblas de aquel extraño lugar.

—Esta es mi voluntad —repuso el monolito que, una vez más, se iluminó fugazmente.

Luego, todo quedó a oscuras...

Y en la nave...

* * *

En la nave, Lut murmuró:

—Llegaremos en plena noche. Seguro que ya nos han detectado.

Luego, a través del transmisor, anunció:

—Estamos llegando... ¿Está Ordax por ahí?

—¿Ya de vuelta, Lut? Te lo advertí —replicó la voz de Ordax—. ¿Qué hay de tu mujer? ¿Conseguiste hacerla llegar al planeta?

—No. Viene conmigo.

—Bueno. Después de todo, me alegra que estéis bien, Tienes la pista a punto...

Pulsó unos botones, al mismo tiempo que observaba a Sinclair, medio adormilado.

—¡Eh! ¿Qué te pasa? Es tu turno. No pretenderás que tus compañeros hagan el trabajo.

Sinclair, por toda respuesta, lanzó un ronquido. Ordax sacudió la cabeza de un lado a otro. Pulsó un botón y lanzó un bostezo.

—Hummm... Qué pesadez.

De algún lugar, algo empezó a moverse. Era algo metálico, reluciente. En principio podía parecer una lámina que alguien manejara. Después...

Después, la lámina fue tomando forma hasta convertirse en una especie de pigmeo, totalmente metálico, que se movía sigilosamente, por una de las estancias de la base.

Ordax lanzó un segundo bostezo, y tuvo que apoyar su cabeza sobre la mesa.

El pigmeo metálico se aproximaba a la puerta cerrada herméticamente.

De un lado surgió una especie de brazo, terminado con un dedo en forma de estilete.

El extraño y puntiagudo dedo cortante señaló la puerta, y ésta se deslizó suavemente hacia un costado.

Un instante más tarde, el pigmeo o robot metálico se hallaba fuera de la estancia y la puerta había quedado cerrada nuevamente.

El extraño ser comenzó a andar hacia la base, eligiendo como punto de espera un recoveco entre las calcinadas rocas, cercanas a la construcción.

Allí esperaba otro ser de la misma naturaleza.

Sobre sus cabezas se distinguía ya, en la lejanía, la luz de la nave pilotada por Lutgard.

En ese momento, Lut trataba de comunicar nuevamente con el profesor Ordax.

—¿Qué pasa? ¿Estáis durmiendo todos allá abajo?

No obtuvo respuesta.

—Iluminad la pista. Apenas se distingue nada —insistió Lut, tratando de hacerse oír.

Ordax seguía con la cabeza sobre el mando. La voz de Lut llegaba perfectamente nítida, pero nadie era capaz de responder.

—¡Tendré que esperar a que termine esa maldita noche! —gruñó Lut—. ¿Es que no me oís?

—¿Eso es normal? —preguntó Nora a su vez.

—No lo sé. Pero lo lógico es que estén a la escucha.

Lut dio un rodeo, muy por encima del habitáculo. Y sin poderse contener, murmuró:

—Daría la mitad de mi vida para saber qué se esconde en las entrañas de ese lugar infernal.

—La verdad es que da escalofríos —adujo Nora.

Y de nuevo al transmisor, Lut repitió:

—¡Vamos, Ordax!

Antes de que pudiera continuar, la mujer de Lut lanzó una exclamación, al tiempo que señalaba un punto luminoso en el suelo del habitáculo:

—¡Mira!

—Vaya. Aunque no contesten, al menos me han oído.

Se refería a que, en efecto, la base de toma de contacto había sido perfectamente iluminada.

Claro que tanto él como Nora ignoraban quién había encendido las baterías para que todo pareciese normal.

Igualmente ignoraban la presencia de aquellos extraños pigmeos que, con sus dedos estiletes esperaban, ansiosos, la llegada de la pareja, con órdenes muy concretas: matarlos.

Y así, entretanto, en el interior todos parecían dormidos.

Ordax se removió ligeramente. Sinclair parecía haber entrado en el letargo más pesado de su vida.

En la cámara dormitorio los otros dos compañeros dormían porque era su hora.

Y ahora, la nave de Lut se acercaba al punto de toma de contacto con el suelo.

Uno de los pequeños robots tenía su dedo estilete apuntando hacia el centro del generador exterior de energía.

La nave estaba ya a escasos metros del suelo.

—Estamos en posición —dijo Lut.

Luego, el descenso se haría de modo vertical, muy suavemente, hasta tomar contacto con aquella pista artificial, construida sobre el suelo basáltico.

Lut comentó:

—Apuesto a que Gorly ya está trabajando en los apuntes de Soylan. Lo primero que haré será hablar con Ordax. Tú te iras a descansar. Espero que te hayan arreglado la cama.

—¿Por qué no descansas tú también?

—Hay cosas que tienen que arreglarse lo antes posible.

Sí. Cosas como las que habían sido encomendadas a los pigmeos robots.

En ese instante, la nave tomó contacto con el suelo. Justo en el momento en que el dedo estilete de uno de los pigmeos apuntó de forma directa al generador.

Todo quedó a oscuras.

—¿Qué diablos…? —empezó Lut, en el momento en que la plancha de la portezuela se abría, corriéndose a un lado.

Nora, más próxima a la salida, iba a saltar.

—¡No! ¡Espera! —gritó Lut.

Los pigmeos ocupaban un pequeño espacio, muy cerca de la puerta de la nave.

En la oscuridad eran totalmente invisibles.

CAPITULO XV

Lutgard apartó a su mujer y saltó del aparato, utilizando su equipo electrógeno.

En la mano derecha llevaba a punto la pistola.

Su acción, fruto de un súbito presentimiento, le valió descubrir a uno de los pigmeos, que avanzaba hacia él con el dedo estilete.

Sin pensárselo, Lut disparó contra su agresor, a quien dejó fulminado en el acto.

Pero quedaba el otro, que iba a atacarle.

Nora, horrorizada, le previno cuando aún Lut observaba la forma fulminante con que el pequeño pigmeo se desintegraba.

—¡Cuidado! ¡A tu espalda!

Lut se echó al suelo, pero esta vez no disparó. Se limitó a apuntar.

—Quiero saber de dónde salís, malditos. ¡Quieto, si no quieres que te ocurra lo mismo que a tu compañero!

Pero el robot seguía avanzando con paso firme. Dos pequeñas placas, a modo de pies, surgían bajo el cuerpo metalizado, capaz de encogerse y transformarse.

—Quienquiera que te dirija, que haga frenar tu carrera.

Pero el robot no obedecía sus órdenes.

—Tira, Lut, tira antes que te mate.

Sí. No había más remedio. El pigmeo estaba a escasa distancia. Le apuntaba con su dedo estilete, y Lutgard tuvo que utilizar la pistola.

Mientras se derretía, escuchó la voz de Nora lanzando un nuevo grito lleno de horror.

De repente, otros artefactos del mismo tamaño habían hecho su aparición. Rondaban la nave, se aproximaban. Más allá, otros dos. Todo un ejército porque, de repente, parecían surgir de todas partes.

—Huyamos de aquí. ¡Entremos en la base! —gritó la muchacha.

—¡Ordax! —llamó a gritos Lut.

Pero nadie respondía en el interior.

—Es más segura la nave. —Y al decirlo, Lut apretó el gatillo contra dos nuevos pequeños monstruos, que quedaron esfumados, pero restaban los otros, cuyo número era imposible calcular con la rapidez del momento.

Lut consiguió subir al aparato y cerró herméticamente la puerta lateral.

En un instante, el aparato quedó rodeado de aquellos extraños seres.

—Quisiera saber lo que ha pasado allá dentro.

Manipuló el transmisor para establecer contacto con los de la base, pero dentro todos seguían dormidos.

—Salgamos de aquí —dijo, y puso en movimiento la nave, elevándose suavemente por encima de los pigmeos, que quedaron estáticos.

Mientras daba un par de pasadas rasantes sobre la base de toma de contacto, murmuró:

—Alguien les ha enviado contra nosotros.

—Nos estaban esperando. ¡Cielos! Ya estamos solos en este maldito lugar.

—En la nave estamos seguros y, si es necesario, utilizaré las defensas.

Pero los pigmeos metálicos se habían situado ahora junto a la pared del edificio.

—Son autómatas, pero una fuerza inteligente les gobierna. Mientras estén junto a la pared, no puedo disparar. Las células destruirán el metal... Quizá es eso lo que se proponen.

Se alejó del lugar, tomando dirección hacia el cráter.

—¿Qué pretendes?

—Que nos sigan hasta aquí. En campo abierto, puedo eliminarles a todos.

Entonces, del exterior surgió una voz. La misma que había oído la primera vez:

—Estás atrapado, Lutgard. No saldrás con vida de la nave. Mis sicarios poseen un poder que desconoces, porque reciben mis órdenes directas.

—Se hace llamar Satán —murmuró Lut, y luego con gesto indicó a su esposa que no dijera nada.

Utilizó un cuaderno y el lápiz impresor para anotar:

«Pueden oírnos —escribió—. Seguro que estamos controlados. De ahora en adelante, nada de hablar de planes en voz alta.»

Y añadió:

—Tranquila, querida. No pueden vulnerar la nave.

Ella ahogó un grito de terror, al ver las relucientes carcasas metálicas de los pigmeos.

Estaban allí. Veinte, treinta, quizá. Se habían dado prisa, y ahora avanzaban hacia el centro del cráter donde Lut y su mujer permanecían, dentro de la nave.

Avanzaban, apuntando con sus dedos estilete.

«Voy a virar la nave», pensó para sí Lut. Lo hizo.

Dos cañones surgían de la parte central. Pulsó el botón para accionarlos.

Los rayos fulminaron a unos cuantos pigmeos, pero los demás prosiguieron, impertérritos, la marcha.

Lut volvió a virar, pero a pesar de que acabó con otro considerable número, siempre quedaban más y más, que surgían por encima del cráter o entre los gruesos pedruscos calcinados.

—No se acaban nunca —exclamó ella.

«Tengo suficiente combustible para acabar con todos», anotó él.

Otro viraje de la nave, la cual hizo volar casi a ras de suelo para disparar a quemarropa contra los cuatro o cinco que venían por aquel lado.

Pero Nora le advirtió de los que llevaban a la cola.

—¡Cuidado, mira!

Aquellos puntiagudos dedos estilete comenzaron a arrojar diminutos rayos azulados.

El fuselaje de la nave, al recibir los impactos, quedó como un colador, cuyos pequeños orificios se iban agrandando, corroídos por la mezcla de gas, cuyo olor comenzaba a extenderse por el interior.

—¡Malditos! —mascullό Lutgard, mientras su mujer no podía evitar una tos.

Revolvió aún la nave que, a pesar de los impactos y del agujero, que se iba agrandando, podía maniobrar con cierta regularidad, y embistió a sus pequeños enemigos.

Les aplastó literalmente, sin dejar un momento de obligar a sus cañones a vomitar fuego.

Pero los pigmeos metálicos parecían multiplicarse.

El cráter se llenó de rayos, y Lut aconsejó a su esposa:

—Dirige los cañones; yo dispararé a través del hueco.

A la popa de la nave, Lut accionó sus pistolas de células, que igualmente hacían mella en sus enemigos, mientras que Nora disparaba sin cesar los cañones, cuyos rayos rasgaban la negrura de la noche.

Pero el olor a gas era un fuerte inconveniente. Estaban atrapados en la nave y sólo tenían un medio de huir, el propio agujero.

Lut estaba en todas partes, tratando de aniquilar a quienes, a su vez, trataban de acabar con ellos.

Era una lucha contra un ejército inenarrable. Una guerra dantesca, en la que Lut comenzaba a llevar la peor parte, al fallarle su refugio principal: la nave.

En el cuadro de mandos, la aproximó a la entrada de la gruta del cráter.

Sólo había un medio de evitar el respiro de aquel gas que comenzaba a causar estragos en los respectivos organismos de la pareja.

—¡Salta, Nora! Métete en la cueva. Yo te cubriré. ¡Toma! Puedes necesitarla. —Y le dio una de las pistolas, mientras él, con los cañones

por delante, iba abatiendo a los pigmeos que, como autómatas que eran, seguían adelante, mientras la mayoría caían abatidos hasta convertirse en puras cenizas, que la suave brisa elevaba por los aires.

Tras una larga pausa, advirtió el piloto a Nora:

—No te vuelvas. Sigue el corredor hasta el cruce. Espérame allí. Yo tengo que continuar la limpieza algún tiempo más. ¿Tienes tu equipo electrógeno?

—Sí.

—No lo uses, de momento. Marcha a tientas. Ignoro si ellos pueden verte, pero imagino que sus ojos no taladran la oscuridad.

Permaneció aún por espacio de medio minuto disparando los cañones de la nave.

Aguantaba el aire en sus pulmones para no respirar el gas que, pese a las aberturas de la nave, se dejaba sentir hasta la intoxicación.

Al fin, abandonó el bólido y siguió tras su mujer.

Ella lanzó un grito ahogado. Había tropezado con un desnivel, cayendo sobre el suelo.

Para ayudarla, Lut conectó su grupo electrógeno.

—¿Te has hecho daño?

—No.

—¿Seguro que estás bien?

—Sí, Lut. —Y en seguida preguntó—: ¿Crees que aquí estaremos a salvo?

—No. Pero encontraremos una salida... Tiene que haberla... O la practicaremos nosotros, si es preciso...

Se había llevado un arma de mayor potencia y con ella, por delante ahora de su mujer, abría el camino.

Llegaron a la primera bifurcación.

—La otra vez —murmuró Lut— echamos por el sendero de la izquierda... Quizá ahora convenga variar el rumbo. Esto debe tener una salida.

Se había fijado en el suelo.

—Es curioso —murmuró de nuevo.

—¿Es basalto? —preguntó ella.

—En este lugar hay una mezcla de todo, pero los colores varían, del rojo fuerte al rosado, pasando por el amarillo... Pero este suelo es idéntico al que existe en los alrededores de la base...

—Pero ahora estamos lejos de la base —murmuró ella, mientras Lut comenzaba a avanzar por el sendero, exigiendo el máximo cuidado.

—Lejos y cerca, son palabras relativas... Este habitáculo es obvio que sufrió una hecatombe que lo transformó. El subsuelo está lleno de resquicios... Y esos pasadizos no los ha construido la mano del hombre. Si dispusiera del informe primitivo del profesor Soylan... Pero habrá que esperar que Gorly lo consiga. —Y para sí añadió: «Espero que no sea demasiado tarde.»

Siguieron por el angosto sendero hasta llegar a una galería de regulares dimensiones.

—¡Por allí! —indicó Lut.

Era el único sitio para poder proseguir.

Iban en pos de la salvación, o quizá de la muerte...

CAPITULO XVI

En aquel lugar o estado sumido en las tinieblas, la voz del llamado Satán mascullaba:

—Han pedido informes en el planeta. Descubrirán la verdad. ¡Y siguen vivos!

—Lo sé. Pero no es culpa mía. Todas las fuerzas les están persiguiendo —decía el hombre sumiso arrodillado junto al monolito, de cuyas entrañas surgía la voz cavernosa.

—Están en el cráter. Búscalos. Tienen que desaparecer. Saben demasiado.

—Ya es tarde, Satán. Si han pedido informes, tal vez lleguen a descubrirlo.

—Si ellos mueren, nada se podrá descubrir —repuso la voz.

—Pueden hacer averiguaciones. Son ya demasiadas muertes...

—Te estás volviendo blando. Te lo advertí. Lamentaría tener que prescindir de tus servicios.

—No. No puedes hacer eso conmigo. Te he sido fiel. Tú lo sabes... Y sabes también que me necesitas.

—¡Satán no necesita a nadie! ¡Fuera! Lárgate de mi presencia, y haz que esa pareja deje de existir antes de que sea demasiado tarde. ¡Ahora mismo! O te destruyo...

El monolito llameó como si se tratara de una caja candente.

Luego, la oscuridad volvió a reinar en el lugar...

* * *

Mientras, en el planeta, el encargado de guardar los viejos documentos buscaba el microfilme que le había sido pedido.

Al fin, Gorly, junto con miembros de las fuerzas de defensa, leyeron a través de una pantalla.

Eran palabras pronunciadas por la voz del profesor Soylan, cuyo rostro blanquecino, de largas melenas incoloras, aparecía en la

imagen.

«...Desde luego, existió una civilización fabulosa. Hay restos que lo prueban. La hecatombe sólo dejó parte de lo que debió ser envidiable para hombres de tan pobre saber como nosotros...»

Alguien hizo un comentario:

—Cuanto más sabia es una persona, menos cree saber.

Y otro adujo:

—Según dicen, Soylan siempre fue un hombre muy modesto.

El informe seguía, y la vocecilla del profesor continuaba con su cantinela monótona:

«...Hay algo raro cerca de la base. No puedo definir lo que es... Tiene forma de monolito. Al hacer las obras de la base quedó tapiado...»

—¿Un monolito? —inquirió Gorly—. ¿Qué significa esto?

—Una especie de monumento. Calla y escucha.

Gorly se encogió de hombros. Pensaba que todo aquello no tenía el menor sentido.

La voz de Soylan Kingley proseguía:

«...Espero conseguir una abertura en las entrañas de la base. Ya informaré de ello. Quizá pueda descubrirse algo importante...»

Al cortarse la cinta, uno de los altos jefes murmuró:

—¿Se recibió algo más respecto a los proyectos de Soylan Kingley?

—Cuando la muerte le sorprendió, sus apuntes quedaron en la base de Kingley. Al parecer, no tenían demasiado valor. Por lo menos, Ordax nunca nos habló de ellos.

—¿Creen que lo oído puede servir de algo a Lutgard? —inquirió el mismo que había hablado antes.

Gorly tomó la palabra:

—El pidió los máximos datos posibles. Particularmente, creo que lo oído no sirve para nada. Un monolito...

Se hizo un silencio.

Por fin, el que llevaba la voz cantante como jefe de seguridad, decidió:

—Haga lo que él le ha pedido. Se dará una batida, por última vez. Si no se aclarara nada, en el próximo consejo decidiremos cerrar la base. ¡Ah! Y tráigase a Lutgard como sea. Le necesitamos aquí.

—Sí, señor.

—Tome una nave rápida y los hombres que hagan falta…

En esos momentos, el encargado del archivo trajo unos papeles.

—Son reproducciones de los planos de la base. Hay otro pliego, con ciertas innovaciones hechas por el propio profesor Soylan. Quizá puedan servir de algo.

—Sí. Lléveselas también —dispuso el jefe, dirigiéndose a Gorly.

* * *

Simultáneamente, en el interior del cráter, Lut y su esposa se habían parapetado en un hueco de regulares dimensiones.

El profesor y piloto hizo un ademán de silencio, al tiempo que apagaba su equipo electrógeno.

—Se oye un rastreo de pies —susurró ella.

—Sí. Es lo que yo he oído.

—Son ellos…

—Calla. Silencio.

El rastreo se estaba aproximando y, en la oscuridad, Lut preparó su arma de largo alcance.

—Es peligroso utilizarla aquí dentro. Podría producir algún desprendimiento.

El rumor se oía ya más cerca.

Habituados los ojos a la oscuridad, Nora observó, aterrada, cómo aquellas pigmeas formas, encogiéndose hasta lo inverosímil, aplastándose como ratas, surgían de fisuras de una estrechez increíble.

Eran los pequeños robots, que iban en pos de ellos.

Donde Lut y su esposa se habían parapetado, no existía fisura

alguna. Por aquella parte podían estar tranquilos, pero frente a ellos podían divisar a los vanguardistas que, sin duda alguna, ya les habían detectado.

—Pégate a la pared, Nora. Voy a disparar. Es posible que las rocas se remuevan.

Apuntó en la oscuridad y disparó un par de veces.

El silbar del fuego fue el preludio de lo que Lut había predicho. Y sobrevino el derrumbamiento.

Grandes bloques, que hasta aquel instante parecían estar fuertemente pegados en el falso techo, se desprendieron.

El sendero por el que habían llegado hasta su posición se quebró, abriéndose una profunda sima.

Las paredes de todo el subterráneo temblaban como si de un instante a otro fueran a resquebrajarse.

De alguna parte estalló una fuente oculta, y surgió un surtidor inmenso de agua, que apagó el fuego que se había producido en otro punto del lúgubre subterráneo.

—¡Por aquí! —indicó Lut a su esposa.

Cerca de ellos se había abierto una brecha. Llegaba el aire exterior.

—¡Sube! —indicó, ayudándola, sin dejar por ello de mirar atrás, en busca de posibles seguidores.

—Estamos fuera otra vez —dijo ella, después de trepar por los deshechos rocosos.

—Intentaremos llegar a la nave —dijo él, tras echar un vistazo y comprobar que ya no había ningún enemigo cerca—. Comunicaré con el planeta. Quizá sepan algo. Ha pasado ya mucho tiempo desde que transmití para que buscaran los antecedentes de todo cuanto pudo dejar constancia Soylan.

Avanzaron pegados a la pared del cráter.

El frescor del aire vivificaba sus pulmones.

Consiguieron llegar a la maltrecha nave, medio corroída por el gas de las extrañas armas que habían utilizado contra ellos sus oponentes.

Comprobó con satisfacción que la radio funcionaba, y estableció

contacto con el planeta.

—Aquí 0022... Necesito urgentes informes.

Tuvo que repetir tres veces la llamada hasta percibir la respuesta del *controller*.

Afortunadamente, en el planeta se habían dado prisa, y Gorly, junto con sus hombres, se hallaba en la base.

—Están a punto de partir en su ayuda —dijo el *controller*.

—Quiero un avance de los informes. Si Gorly anda por ahí, dígale que se ponga en contacto conmigo.

—Le pasaré el encargo a su nave, 0022.

—De acuerdo.

Instantes después, Gorly hablaba a través de su transmisor:

—¿Cómo está la situación por aquí?

—Estamos rodeados, Gorly... Espero salir con bien, pero le necesito más que nunca.

—Llevo una super-rápida...

—¿Puede avanzarme algún informe?

Gorly repitió lo que llevaba grabado en el cable magnetofónico. Después, le habló de los planos.

Cuando Lutgard oyó lo de «Rectificaciones», sus ojos expresaron un presentimiento.

—¿Lo ha captado todo? —inquirió el guarda, aún desde la base.

—Sí, Gorly... Y creo que me ha dado una excelente idea. Corto.

Lut se volvió hacia su mujer, cuyos ojos formulaban una pregunta.

—¿Qué es lo que presientes?

—Que el profesor Soylan Kingley descubrió algo que nunca comunicó. Quizá el único que lo sepa es Ordax. ¡Vamos! Hay que encontrar ese monolito, cueste lo que cueste.

CAPITULO XVII

El bólido, a pesar de su deteriorado estado, podía aún avanzar casi a ras de superficie. Una vez Lut hubo comprobado que podía manejarlo, saltó de nuevo, advirtiendo a Nora:

—No salgas para nada. Si algo va mal, comunica. Llevo un transmisor de alta frecuencia. Podré oírte desde donde quiera que me halle.

—¿Qué te propones? —preguntó ella.

—Que dejen de perseguirnos. Hundiré el subsuelo, si hace falta. Es lo que voy a hacer.

Sacó de la nave uno de los cañones ligeros. Tardó pocos segundos en conseguirlo. Salió con él y lo llevó hasta la entrada de la gruta.

—Aquí está el secreto. Algún pasadizo conduce hasta algún subterráneo cercano a la base. Quizá debajo de la misma base. Pero primero es necesario eliminar al enemigo.

Dispuso el pequeño cañón y, acto seguido, accionó la palanca varias veces seguidas.

Las explosiones sordas retumbaron en el interior de la sima. Todo el subsuelo se convulsionó, ocasionando erosiones en cadena.

La humareda y el polvo interior asomaron a la superficie. Aun así, Lutgard continuó disparando.

El fuego silencioso hizo retumbar, una vez más, las paredes basálticas de la caverna.

El fuego se adueñó por completo de toda la gruta. Cada rincón era un foco de fuego, que calaba en las piedras.

Se alejó Lut, llevando consigo el cañón, que depositó en el interior de la nave.

—Vamos a la base. Espero que no surjan nuevos pigmeos...

Pero apenas acababa de decirlo, un ejército entero de robots del mismo tamaño aparecía por la parte alta del cráter, disparando sus afilados dedos hacia lo que quedaba del vehículo espacial.

—¡Cielos! No se acaban nunca esos malditos muñecos —exclamó Nora.

—Se reproducen… Creo que empiezo a comprender. Por eso es necesario dar con el monolito…

Siguió volando, al tiempo que disparaba contra los pequeños pero letales enemigos.

En la parte de popa, horadada por los efectos del fuego gaseoso del anterior ataque, Nora disparaba contra cualquier sombra que se moviera.

—¡Agáchate! Pégate al suelo. Sus disparos son mortales, Nora —advirtió el hombre, mientras él, pilotando siempre a ras de suelo, disparaba sin cesar.

Durante el trayecto surgieron nuevos pigmeos metálicos de las fisuras del suelo, de las grietas de la roca. Parecían entes nacidos por generación espontánea.

Lut dio toda la marcha posible a su maltrecha nave, mientras en la base ya próxima estaba sucediendo algo que trataba de rematar la obra de Satán.

* * *

En la base, Sinclair despertó de su letargo. Era la hora de su relevo, y sus dos compañeros se estaban desvelando.

Sinclair detectó el movimiento sísmico que se estaba produciendo en las entrañas del habitáculo.

Miró en derredor. Estaba solo.

—¡Ordax! —llamó.

Repitió la voz a través del megáfono.

Apareció uno de sus compañeros.

—Es el relevo. ¿A qué vienen esos gritos? ¿Ocurre algo?

Hubo un silencio.

El suelo temblaba a sus pies.

—Ignoro lo que sucede, pero no es normal. Estoy tratando de advertir a Ordax. ¿Le has visto?

—Acabo de levantarme. Dos horas de sueño no es mucho. ¿No crees?

Fue entonces cuando el recién levantado observó el cuadro de señales.

—La nave de Lutgard... ha llegado al planeta. ¿Dónde demonios...?

Sinclair se volvió, y luego miró a su compañero.

—No entiendo nada. Voy a abrir la puerta.

—Recuerda las instrucciones. Durante el período de noche, está prohibido. Eso es lo que dijo Ordax.

—Pero Lutgard está aquí... —Tomó la computadora y comprobó los datos.

Leyó:

«Regreso ante imposibilidad de llegar al planeta. He pedido auxilios y notas sobre el profesor Soylan...»

A continuación, constaban las inútiles llamadas y, en clave, estaba registrada su trayectoria hacia el cráter, y luego aparecieron las señales de emergencia.

—¡Cielos! Ha sufrido un ataque... Hay que averiguar lo que ha ocurrido. Llama a Martsen, y trata de localizar a Ordax... Juraría que estaba a mi lado.

—¿Qué pretendes hacer?

Sinclair abrió la puerta con un control remoto y miró al exterior.

A lo lejos sonaban los silbidos de los chorros de fuego y el sonido sordo de las detonaciones de las pistolas cargadas con células letales.

El compañero de Sinclair fue a llamar a su otro colega, cuando de repente vio aparecer aquello...

* * *

De un lugar inconcreto surgió aquel pequeño robot metálico en forma de pigmeo.

Quiso gritar, pero ya era demasiado tarde. El robot hizo funcionar su puntiagudo dedo, y un hilo de gas letal buscó la garganta del hombre.

—¿Qué pasa? —gritó su colega Martsen, incorporándose de la cama—. No ha llegado mi tur…

No pudo concluir la frase. Uno de aquellos robots apareció junto a él.

Esta vez su mano se alargó, alcanzándole la yugular.

Cayó sin pronunciar una sola exclamación.

Sinclair entró de nuevo en la base y lo primero que vio fue el cuerpo inerte de su compañero.

—Pero… ¡Cielos! ¿Qué ha pasado aquí! —Y comenzó a gritar desesperadamente—: ¡Martsen! ¡Ordax…!

Nadie atendía a sus llamadas. Entró en la cámara dormitorio y allí encontró tendido a Martsen. Se inclinó sobre él.

—¡Martsen! ¿Pero…? ¿Qué es lo que está ocurriendo aquí? ¡Martsen, contesta!

No se daba cuenta de que estaba muerto. Observó, sin embargo, el diminuto agujero letal.

Se revolvió para llamar a Ordax.

Pero ante él, un pequeño robot en forma de pigmeo le aguardaba con su dedo estilete dispuesto a utilizarlo.

—¡Rayos! ¿Qué signifi…?

Tampoco él pudo concluir la frase. El dedo estilete le atravesó el cuello.

Era el fin…

La radio iba emitiendo en la voz de Lutgard:

—Atención a la base. Abran las puertas o voy a derribar la entrada. Es una emergencia. ¡Abran las puertas! ¡Ordax! Esto es más serio de lo que creíamos…

—¡Mira, Lut! —Nora señaló el punto luminoso de la nave. La luz brillaba por doquier, mostrando las puertas abiertas.

—No lo entiendo. Nadie contesta… O tal vez… ¡Cielos! ¡Los pigmeos! ¡Han entrado en la base!

Poco después, Lut hizo que la nave entrara como una exhalación

en el recinto.

Su impulso hizo que algunos de los aparatos quedaran dañados. De algún lugar surgía humo.

—¡Qué reviente todo! —gritó—. Esto puede ser el fin…

Allí estaban los cadáveres, que hicieron lanzar una exclamación de pavor a la muchacha.

—Dame la mano y no te apartes de mí. No sueltes la pistola. Si surge un robot, dispara sin detenerte a pensarlo.

Seguidamente llamó a Ordax, pero al no escuchar respuesta fue directamente al fondo del edificio.

En unos instantes trató de orientarse.

—Tiene que ser tras una de esas planchas metálicas —dijo.

—¿El monolito? inquirió ella.

—Hemos seguido la línea recta, Nora. Ahora no tengo tiempo de comprobarlo, pero estoy seguro de que tiene que estar por aquí. —Y gritando a pleno pulmón llamó nuevamente a Ordax.

No hubo respuesta.

—Voy a destruir la base, Ordax…

—Tal vez… le hayan atacado los pigmeos —murmuró ella.

Pero su cadáver no aparecía por ningún lado, ni tampoco había tiempo para buscarlo.

Lut encaró el cañón contra una de las paredes.

—Ahora averiguaremos la verdad.

Disparó.

El fuego gaseoso del arma abrió un enorme boquete en la pared metálica, y todo el edificio pareció tambalearse.

Había paso suficiente para entrar. Pero tras ellos, cuatro servidores de Satán estaban dispuestos a atacar.

Nora lanzó un grito, y Lut giró en redondo, disparando con el largo cañón.

Esta vez, además de los pigmeos, parte del edificio se vino abajo, y de alguna parte surgió el fuego que consumía el laminado de los tabiques.

—¡Vamos dentro! No quiero que te separes de mí —dijo Lut. Y atravesaron el tabique.

La absoluta oscuridad desapareció ante el grupo electrógeno que colgaba del pecho de Lut.

—¡Una galería! —dijo la muchacha.

—Un apartamento secreto… Fíjate. Paredes laminadas y…

Sus ojos se detuvieron, al mismo tiempo que su voz.

Ambos, casi paralizados por el espectáculo, observaban al hombre sentado tras una mesa, en un rincón de la sala secreta.

No. No era la visión del hombre lo que sobrecogió el ánimo de la pareja. Era su figura. Su figura, sí, porque, en realidad, no se trataba de un ser humano real.

Era un esqueleto momificado…

CAPITULO XVIII

Mientras Lut y su mujer avanzaban lentamente hacia la mesa, con los nervios tensos y los sentidos en plena acción, alguien se desgañitaba a través del transmisor.

—Soy Gorly... Habla Gorly, al mando de tres naves... ¿Es que no hay nadie en este maldito habitáculo?

Sí. A mitad de camino, las naves rápidas de la guardia acudían a un lugar siniestro, en el que nunca habían encontrado el menor rastro de vida. Quizá porque no la había...

Y Lut, junto a la mesa, observó un libro de cubiertas rojas. El esqueleto momificado permanecía rígido en su asiento. Detrás, en la pared, una placa y un nombre:

Profesor SOYLAN KINGLEY, descubridor y primer habitante del planeta Kingley

—¡Soylan Kingley! —exclamó en voz baja Lutgard.

Mientras su esposa miraba en torno suyo, sin poder ocultar el terror que le inspiraba todo aquello, Lutgard abrió una página del libro.

Eran notas manuscritas con una letra que él había visto en otras ocasiones. La letra del propio Kingley, con unas consignas que debían estar grabadas en algún sitio.

La contenida exclamación de miedo de su mujer le hizo volver la cabeza, al tiempo que una voz murmuraba:

—Has querido llegar demasiado lejos, Lutgard... Yo quería evitarlo, pero eres demasiado inteligente...

—¡Ordax! —exclamó Lut.

Sí. Ordax era el que estaba junto a los dos, y les encañonaba con una pistola de células.

—¡Ordax! —repitió Lut—. ¿Qué significa esa comedia...? ¿Quién es esa momia?

Antes de que el propio Ordax pudiera replicar, surgió la voz de las entrañas del esqueleto.

—¡Satán! ¡Satán!... —Y fue repitiendo, como un eco, el mismo nombre.

—Esto es una farsa... Ahí dentro existe un monolito... Posiblemente, se trata de un cerebro electrónico, creado por el propio Soylan Kingley... —Señaló el hueco que formaba una puerta, que era el lugar por donde había hecho su aparición Ordax.

—No es ninguna farsa... Soylan lo descubrió todo y trató de perfeccionarlo... Quería saber el significado de ese monolito que tanto te interesa y, para que nadie pudiera interrumpir sus trabajos, hizo poner un nuevo panel en el edificio. Aquí Soylan podía trabajar tranquilamente y comunicarse con la gruta...

—Eso no tiene sentido... ¿Qué pretendes? Deja ya de encañonarnos.

—Lo siento. Satán es el dueño. Satán existe. Soylan había leído libros sobre enigmas sobrenaturales... Descubrió demasiado tarde lo que significaba el monolito...

—Necesito ver ese monolito.

—¿Para qué?

—Quiero verlo. ¿No lo comprendes? Es necesario destruirlo. Es la obra de un loco. Posiblemente, el autor de la destrucción de ese planetoide... Me lo imagino lleno de vida, de gente inteligente, de superhumanos, que vivían felices en un lugar con un clima ideal... hasta que a alguien se le ocurrió inventar una máquina de destrucción.

—Eso ya no importa, Lut. Tú no puedes ver el monolito. Ahora soy yo el servidor de Satán...

Señaló la momia de Soylan Kingley, y añadió:

—Esa es la obra de Satán... Si él lo desea, cualquiera de nosotros podría quedar en el mismo estado. O morir... como los demás... Nadie más que él puede habitar este lugar. Es su reino. Y tú pretendes destruirlo.

—No, Ordax. Yo pretendo protegerlo, liberarlo, porque sé la importancia que tiene para el oxígeno de nuestro planeta.

—¿Tú solo? Ni todo un ejército puede luchar contra Satán...

Y al decirlo, hizo chasquear los dedos.

Casi al unísono, comenzaron a aparecer nuevos pigmeos metálicos, pequeños robots con dos brazos, en uno de los cuales llevaban el puntiagudo dedo, que era a la vez estilete y arma lanzagases letales.

—Ya lo ves. No puedes salir de aquí. Nadie puede salvarte.

Sin embargo, Lut llevaba el cañón en la mano. No lo había soltado, ni Ordax se lo exigió, de momento.

—Yo puedo morir, Ordax, por culpa de tu locura, pero Gorly está en camino. He hecho rebuscar en los archivos los primeros informes de Soylan. Esta vez, la guardia no se limitará a hacer una inspección. Medio edificio está destruido. Y al otro lado del muro están los muertos. Y mi testimonio, Ordax. Tu Satán y tú seréis destruidos...

—Nunca podrán competir con su ejército... ¿Ves a esos robots? El monolito los reproduce con la misma facilidad con que se dispara un arma. Puede llenar el habitáculo de ellos. Por más que destruyan, siempre surgirán... Ni un ejército entero podría acabar con todos...

—¡Por última vez, Ordax, aparta! Quiero ver al monolito...

—¡No!

Sólo le quedaba una carta para jugar. La de la violencia. Ordax sabía que por rápido que fuera en disparar, Lut conservaba el cañón. Por eso giró su pistola, apuntando a Nora, que estaba algo separada de su marido.

—No intentes nada. Ella sería la primera en caer.

En aquellas circunstancias, era peligroso aventurarse. Lut comprendió que sólo un milagro podría salvarlos...

* * *

El milagro surgió en la voz de Gorly, que sonaba en la habitación contigua, perfectamente audible, gracias al boquete abierto en el muro metálico:

—Si nadie contesta, emplearé las armas... ¡Vamos, Ordax! ¡Lutgard! ¿Dónde demonios se han metido?

Fue entonces cuando Ordax cometió su único error. Volverse un instante hacia el boquete.

Sin dudarlo, Lutgard actuó rápidamente, utilizando el cañón, al tiempo que gritaba a su mujer:

—¡Al suelo! ¡Contra los pigmeos!

A su vez, Lut disparó el cañón contra la pared.

La explosión fulminó a los pigmeos, mientras un nuevo boquete descubría una oscura gruta.

El subsuelo volvió a temblar.

Ordax había sido alcanzado por las células en su mano armada y tuvo que soltar la pistola, lanzando un grito desgarrado.

—No podrás destruirlo…, Lutgard… Huye si quieres. Es tu oportunidad. Huye, pero no intentes luchar contra Satán…

Cayó, imposibilitado de resistir el dolor de las células letales, que comenzaban a recorrer su cuerpo.

Nuevos pigmeos asomaban por el boquete, pero el fuego del cañón de Lut les aniquilaba conforme iban apareciendo.

Su grupo electrógeno iluminó la oscura caverna.

Allí, al fondo, mayestático, inmóvil, clavado en el suelo, estaba la extraña cosa ligeramente cónica:

El monolito.

En el mismo instante que la potente luz del equipo de Lut hacía el descubrimiento, Nora lanzaba un nuevo grito de terror.

—¡La momia! —balbució.

Lut asomó un momento.

Pudo ver cómo el esqueleto momificado de Soylan Kingley se movía, como si tratara de levantarse.

Y una voz cavernosa surgía de su interior:

—Jamás podrás destruir a Satán… Aunque termines con el monolito: Satán es el Rey del Universo. Es su época. La Época de su Imperio en el Espacio.

* * *

Estaban ya dentro de la gruta donde Lutgard se había abierto paso,

disparando su cañón.

—Todo es un truco. Un cerebro programado, dentro de un esqueleto... Pero lo que buscamos está aquí.

—Los pigmeos o quien quiera que sean. Míralos, Lut...

En efecto, en torno al monolito surgían nuevas criaturas metálicas.

Afuera, la voz cavernosa repetía:

—Destruidlo todo, pero jamás acabaréis con Satán. Jamás... —Y soltó una carcajada.

—Es un cerebro programado por un ente maligno... Hay que terminar con él. ¡Satán o quien quiera que seas! Tu imperio se ha terminado...

Encarando el cañón contra el monolito, Lutgard tiró de la palanca hasta el fondo.

Los rayos salían a chorro contra el cono metálico, mientras el fuego parecía ineficaz para destruir aquel diabólico monumento.

La carcajada cadavérica se prolongaba. Una risa estremecedora retumbaba por todo el ámbito del edificio. El subsuelo tremolaba y algunas paredes se hundían, presionadas por la mortífera carga del cañón de Lut.

Al fin, aquella diabòlica carcajada comenzó a truncarse, en el preciso instante en que el fuego empezó a hacer mella en el monolito.

Los rayos corrosivos comenzaron por horadar la base, ante una inmensa humareda.

Inmediatamente, los pequeños robots dejaron de hacer su aparición. Los que seguían en pie cayeron como simples muñecos de papel.

Del interior del monolito comenzaron a surgir una serie de chispazos, mientras, en el otro lado, la risa cadavérica, que había cesado, se truncó en un grito de dolor.

La voz que resonaba en todo el ámbito, gritaba:

—¡Malditos! ¡Malditos seáis por toda la eternidad...! ¡Destruís mi imagen, pero jamás podréis terminar con Satán...! ¡Satán!

—¡Atrás! —gritó Lut, viendo venir lo que iba a suceder.

Retrocedieron hasta la sala contigua, cuando comenzaron a sonar las primeras explosiones.

Luego, aquello se convirtió en un infierno de llamaradas, mientras el humo impedía casi la respiración.

Los aparatos del enorme pupitre de control saltaron por los aires, a consecuencia de cortocircuitos producidos en cadena.

El fuego del interior se extendió, mientras el monolito se derretía lentamente, haciendo surgir su voz de algún lugar de su perfecta mecanización:

—Malditos… Malditos… Sólo destruiréis mi imagen… Satán existe. Y existirá *siempre*.

Lo recalcó, y aún en las postrimerías de su total destrucción, retumbó una y otra vez su nombre:

Satán. Satán. Satán…

* * *

Una erupción coincidió con la destrucción total de la planta. El torturado paisaje fue cambiando de fisonomía.

En lo alto se divisaban las pequeñas lucecitas, como planetas en traslación: eran Gorly y su gente.

* * *

—Pero ¿qué ha ocurrido aquí? —Gorly lanzó la pregunta, perplejo.

No sólo había desaparecido la base, convertida en un montón de chatarra, sino que la configuración del habitáculo había cambiado.

Antiguos cursos de ríos, durante siglos resecos, volvían a fluir de manantiales surgidos entre las rocas.

Hasta el astro, que brillaba en plena mañana, parecía distinto… como el aire…, como la atmósfera.

—¿Qué ha hecho usted, Lutgard? —sonrió Gorly.

—Destruir a Satán… Bueno… —miró a su mujer—. A su imagen… Quizá él tuvo razón. Satán es indestructible. Lo que hace falta es que ningún loco construya máquinas semejantes.

Agitó la libreta de tapas rojas del profesor Soylan Kingley, y

añadió:

—Esto aclarará muchas cosas... Se sabrá que Satán quería someter todos los habitáculos, y convertir a los humanoides en seres sin voluntad. Auténticos autómatas, como los robots que autoproducía... Quien ideó esa máquina sólo podía ser un loco. Lo malo es que Soylan llegó a creer en ese poder.

—¿Y por qué le momificó? —inquirió Nora.

—Eso... como tantas otras cosas, puede que nunca lo sepamos, pero lo que sí es cierto es que este planeta no sólo podrá continuar siendo una estación emisora de oxígeno, sino un magnífico habitáculo para quien desee vivir en él.

Los hombres de Gorly habían recogido los cadáveres. Entre ellos se hallaba el de Ordax, muerto, igual que los otros, con el brazo mutilado, a consecuencia de las células.

Nora tuvo que volver la cabeza.

—Las últimas víctimas de un cerebro sin corazón...

Gorly, con los brazos en jarras, sacudió la cabeza.

—Y lo hizo usted solito... ¡Vaya con el profesor Lutgard! Creía que los científicos no se metían en esas cosas.

—Dé las gracias también a mi mujer... Por nada del mundo hubiera querido que viviera lo que ha vivido durante su estancia en Kingley... Pero no era sólo nuestra vida lo que defendíamos... Era la de todo un planeta... La del universo entero...

—Vámonos, Lut —pidió ella.

—Sí. Vámonos a casa. Ahora ya ninguna fuerza podrá impedirnos que regresemos al planeta.

—Habrá que hacer un informe de todo esto —concluyó Gorly—. Pero es lógico que tengan ganas de regresar. Bien que se lo merecen...

EPILOGO

Lutgard volvió a su trabajo habitual, rutinario a veces, pero siempre en aras de la prosperidad.

Luego... algún tiempo después, su hijo, llegado el fin de semana, pidió:

—Papá..., ¿cuándo me llevarás contigo a Kingley?

—¡Oh, Kingley! Está muy lejos...

—Con una nave rápida se puede ir en seguida... Anda, mamá... Dile que nos lleve.

—De acuerdo. Iremos a Kingley... —prometió Lutgard.

Claro que ahora los llevaría a un lugar completamente seguro...

Y el chico preguntó:

—Papá..., ¿dónde está ahora Satán?

—¡Oh, hijo! No lo sé. Los espíritus malignos pueden estar en todas partes, pero seguro, seguro, que en Kingley no están...

Nora y Lut sonrieron, quizá recordando su vieja aventura. Sin embargo, precisamente por el recuerdo, la mujer no pudo evitar un escalofrío,

FIN